

EL RUIFEDO

SEMANARIO GRAFICO DE LOS TOROS

Núm. 1.026 • 20 febrero 1964 • Dirección y Redacción: Avenida del Generalísimo, 142 - Tel. 235 22 40 • Precio: 10 ptas.

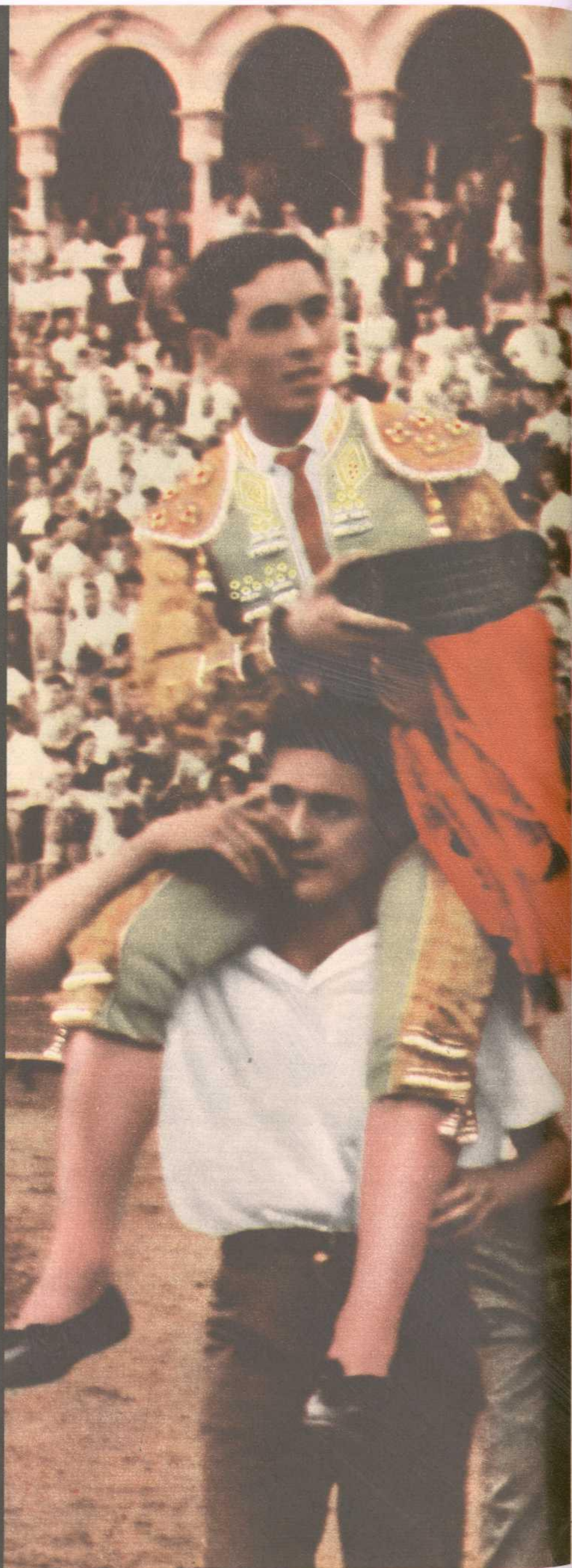
Un torero para los carteles de lujo de la temporada: **AMADEO DOS ANJOS**



JOSE GARCIA "MONDEÑO"



YA ESTA DECIDIDO. JOSE VA A SEGUIR LA AVENTURA QUE ABANDONA EN PLENO TRIUNFO SU HERMANO JUAN. UNA VIDA TORERA SE EXTINGUE POR IMPERATIVOS DE UNA ORDEN ESPIRITUAL Y OTRA SURGE IMPETUOSA EN EL MUNDO CALIENTE, APASIONADO, TREPIDANTE, DE LOS RUEDOS. JOSE YA TIENE APODERADO. EL APODERADO DE JOSE GARCIA «MONDEÑO» ES UN HOMBRE QUE LLEVA UN APELLIDO ILUSTRE QUE SIEMPRE ESCRIBIMOS CON RESPETO Y ADMIRACION: ¡CORROCHANO! ALFREDO CORROCHANO, UN ROMANTICO DE LA FIESTA, ES EL APODERADO DE CAMPANILLAS QUE BUSCABA EL HERMANO DE JUAN PARA INICIAR EL VUELO Y REMONTARSE A LAS ALTURAS DE LA GLORIA TAURINA.





CARLOS CORBACHO RECIBE EL TROFEO "JOSELITO-MANOLETE"

La Peña Taurina «Joselito-Manolete», de La Línea, celebró la semana pasada en sus locales un brillante acto para hacer entrega del II Trofeo «Joselito-Manolete» al popular matador de toros linaense Carlos Corbacho. En la instantánea que ofrecemos al lector, el alcalde de aquella ciudad, don Pedro Alfageme González, abraza a Corbacho, después de haberle entregado el galardón conquistado por su triunfal actuación en la pasada feria.

NADIE DE LA COMISION ORGANIZADORA SE HA DIRIGIDO A MI PIDIENDOME QUE ACTUE EN EL FESTIVAL PRO MONUMENTO A JOSELITO

Entrevista con LUIS FUENTES BEJARANO

HACE unos días la Plaza de Alcalá de Guadaíra fue escenario de la reaparición, tras varios años de ausencia, de un torero. Luis Fuentes Bejarano rompió su descanso, ganado tras 18 temporadas de matador de toros, para torear a beneficio de los demás. Su triunfo fue completo. Parecía que no había pasado el tiempo y que Bejarano se encontraba en pleno auge, allá por los años veinte, arrimándose tarde tras tarde para conservar su puesto de figura del toreo.

Luis sigue conservando su empaque. A cien metros se le distingue. El dice que nació torero y morirá torero. Viéndole nos convencemos de que no habría podido ser otra cosa.

—La prensa ha dado como seguro que toreará usted en Madrid en el festival pro monumento a Joselito. ¿Es cierto?

—Tengo decidido no volver a torear en público. Es mucha responsabilidad y acabo de cumplir los sesenta años. No volveré a torear. Ahora bien, me ha sorprendido muchísimo que se hayan mandado notas a la prensa dando por segura mi actuación cuando nadie de la Comisión organizadora se ha dirigido a mí solicitando mi participación.

—¿Cómo se encontró usted en Alcalá de Guadaíra?

—Formidablemente. Y me alegro muchísimo de haber toreado. Sobre todo, porque ha servido para demostrar a los jóvenes de nuestra época también sabíamos torear.

—¿Por qué volvió a pisar la arena?

—Por nostalgia. Por afición. A mí me da pena cuando oigo que dicen «ex matador de toros». ¿Por qué ex matador? Al abogado no le dicen nunca ex abogado; ni al médico. Yo soy matador de toros desde que me levanto hasta que me acuesto. Y en el campo no he dejado nunca de torear.

—¿Cuándo se retiró?

—En 1941, a los treinta y ocho años de edad, y con quince cornadas.

—¿Qué es una figura del toreo?

—Para el público, los taquilleros. Pero hay toreros que sin torear ochenta corridas son excelentes. Para mí es verdadera figura quien puede con todos los toros.

—¿Qué hace actualmente Luis Fuentes Bejarano?

—Vida de campo. Todos los días voy a mi finca, que dista 17 kilómetros



de Sevilla. Desde allí se ve la Giralda. Y también llevo la ganadería de don Juan Guardiola Soto, que es un ganado muy bravo. Aunque esto de la bravura sea un delito ahora.

—¿Por qué?

—A los toros bravos no los quieren los toreros. En mi época era otra cosa. Mira, una temporada maté en Madrid dos corridas de Palha, una de Miura, una de Sotomayor (que tenía cruce miureño) y otra de Alves do Río, una ganadería portuguesa muy peligrosa. Cómo serían, que de todas ellas, la mejor era la de Miura.

—¿Qué es para usted el toro?

—El factor fundamental de la Fiesta. La prueba está en que al llegar a la Plaza, lo primero que se ve es un letrero, que dice: «Plaza de toros». Y después, el cartel que reseña a los matadores.

—¿Y los toros?

—La vida. Yo siempre estoy en activo. Conservo tres trajes de luces, los estochos afilados y un capote de gaseo. Yo nací torero y moriré torero.

—¿Cómo ve a los toreros de hoy?

—Tienen un mérito tremendo porque han de arrimarse todas las tardes. Antes, con una oreja en Madrid se podían torear sesenta corridas; ahora se cortan dos y no sirven de nada.

Así piensa Luis Fuentes Bejarano, matador de toros, que nació torero y morirá torero.

FEDERICO SANCHEZ AGUILAR

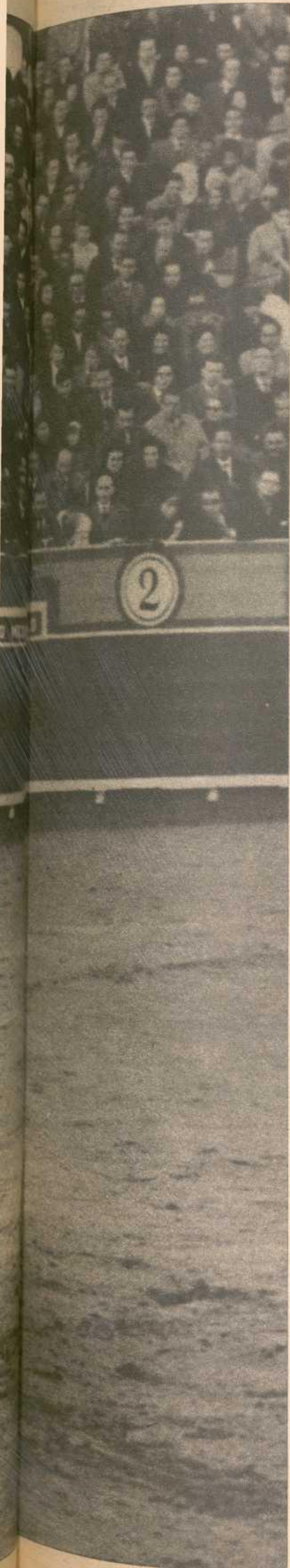
Brandy
Espléndido

Siendo
GARVEY
es exquisito

Brandy
Espléndido
JEREZ
GARVEY

SERPENTINAS Y A





ARTISTA NATO.—El muchacho procede por corazonadas. Y como es de tierra donde la gente es consecuente y seria, cuando una de estas corazonadas se hace sentir, la sigue: la cosa es tan sencilla como esto.

Vicente Punzón quiso ser torero. ¿Cuántos, pastores como él, lo han soñado? De verdad, infinitos. ¿Cuántos con verdadera llamada, con vocación honda, con afición intensa? Van en busca de vanidad, dinero y dulce vida. Se inician como «capas», se doctoran de vagabundos y se malogran como toreros. No nos hablen de las excepciones: ellas son la mejor prueba de nuestra verdad.

Muy pocos están realmente dotados. Se les nota en la seria firmeza de la mirada, en el estremecimiento sensible de las manos de artista, no deformadas por los trabajos serviles: porque quienes sueñan triunfos, pero son hombres enteros, no rehuyen el trabajo, no escatiman el sudor, no se consideran desde el principio expertos para la picaresca. Trabajan. Y sus manos conservan la elegancia de trazo, el tacto aguzado, la vibración sensitiva que caracteriza al artista nato, al intuitivo del toreo.

En su momento llega la revelación. Algo que florece de repente como si fuera un milagro. Un triunfo y una apoteosis ante la Plaza llena que aclama con fiebre. Una personalidad nueva que entra en la atmósfera del toreo con la velocidad cósmica, con la carga de metales preciosos de un asteroide que arranca una ráfaga de luz.

Al porvenir queda la labor definitiva: determinar si la estrella que aparece en el horizonte es fija, como el sol, o fugaz, como esas que juegan con la fantasía azul de las noches de agosto.

DESDE AQUELLOS DOS CAPOTAZOS... Encuentro de artistas en la «chata». Sebastián Miranda, escultor fuera de serie, aficionado insigne, amigo de toreros, estudia siempre nuevas formas para el garbo de sus figuras: esto le arrastró a los toros en la tarde fría de invierno.

Ha ignorado deliberadamente que con una simple mirada al espejo hallaría un estupendo modelo para su creación: su propia cabeza, definida por una aguda viveza observadora, matizada por la trama sarmentosa de arrugas que, a capricho, no envejecen, pero abocetan el rostro como un dibujo minucioso y clásico.

El inquieto artista —como fue toda su vida Sebastián Miranda— busca fuera de sí mismo la inspiración. Y también el hábito de juventud para no envejecer entre sus recuerdos de espectador de toros. Su creación vive el momento presente. Y de ahí su comentario:

—Desde que le vi dar los dos capotazos de saludo a su primero, dije a mis amigos: «Aquí hay torero, y bueno.» No me creyeron hasta después de la faena, y por eso estoy contento: en cierto aspecto me anticipé a hacer un descubrimiento. Y ya que hablo de descubrimientos, ¿sabe que al principio creí que se llamaba Pinzón, igual que los navegantes que fueron con Colón a América? Luego me enteré de que se llamaba Punzón. Con uno u otro apellido, el toledano tiene sentido del ritmo en el toreo; eso que no se aprende, aunque se pueda depurar. Creo en él como en una esperanza.

Queremos presentar a Sebastián Miranda como ejemplo de aficionados con experiencia. Intimo de Juan Belmonte, supo hacer justicia a la exacta valía de Domingo Ortega: no confundió la amistad con el anquilosamiento ni el recuerdo entrañable con el fanatismo: Juan en su lugar y Domingo en el suyo. Para el toreo, ambos son historia. Y la vida sigue.

Para la vida, Sebastián Miranda continúa en activo: compra una entrada, se asoma a un tendido, estudia un torero. Y muy de tarde en tarde —con ojos de artista, que raramente se equivocan en arte— predice un futuro de elegido.

—De veras, creí que era Pinzón. Como los conquistadores.



TOROS PARA EL MIEDO: TOROS PARA EL SON

LA verdad es que la Fiesta de toros se ha mantenido en plano de eficacia respecto a la afición gracias a dos elementos activos: el arte, caudal del torero. El miedo, aportación pasiva pero emocionante del toro.

Pero el miedo está siempre en proporción directa con la apariencia del animal. Sentido, edad, fuerza, trapío, peso... Hacemos la enumeración en el mismo orden en que nosotros estimamos jerárquizados cada uno de estos elementos de agresión al entrañar peligro.

El sentido que da la edad no tolera engaños y aprende en cada lance una nueva precisión para la nueva embestida.

La fuerza firmemente mantenida sobre patas que no ceden y se ejerce con los riñones, con la columna vertebral, más que con el testuz.

El trapío —que si en mucho es ornamental y se refiere a la belleza del toro— exige un morrillo abultado, unos músculos del cuello con potencia para la pelea.

En el último término, el peso, que tanto puede ser elemento en pro como en contra de la peligrosidad, ya que a efectos de bravura nada aclaran estimaciones de báscula.

En conjunto, miedo. Pero con este concepto no nos referimos al de los toreros —del que tanto se ha hablado y que ellos mismos convierten en tópico de conversación para valorar más sus momentos triunfales—, sino al temor en el tendido. Ansiedad por lo que pudiera pasar en el ruedo, y con el miedo, la base de una emoción que cortaba el aliento, dejaba sin respiración, producía en las Plazas unos silencios llenos de angustia, a los que daba salida el pecho cuando el arte del toreo hacía juego del riesgo, gracia del temor, entusiasmo de la contención.

Sobre esa carga emocional se ha adentrado el toreo a lo largo de casi toda su historia en la estimación de los aficionados; el binomio que antaño prevalecía era el de «miedo-valor», representado el primero por el toro y el segundo por el torero. Todo grande y poderoso con grandes altibajos de bravura. Torero pundonoroso y con agallas en que progresivamente predominaba más el adorno y menos la fuerza, hasta el más moderno concepto del toreo como arte, al que el toro pone el «son».

El binomio actual «son-arte» rompe el viejo equilibrio de los elementos dramáticos de la Fiesta. Miedo y valor eran antagónicos y complementarios: son y valor son incompatibles, inconciliables. Y como el factor más noble del binomio taurino es el arte, éste predomina a costa de la reducción del miedo. Y el toro se disminuye en sus

elementos agresivos, aunque mantenga su apariencia: el peso.

Los años nos dirán —puesto que aún no hay perspectiva para el futuro— qué rumbos toma el toreo como pura expresión de una de las bellas artes. Nosotros no estamos seguros de que solamente el arte mantenga la Fiesta, como antaño lo hicieron el miedo y el valor con su estupenda lucha pasional. Por eso, de vez en cuando se dedica una corrida al pasado y hace en el ruedo su aparición el toro de antaño: el de las emociones, el del miedo.

Es como volver al fermento vital de la Fiesta, como recuperar la angustia que hizo posible la alucinante afición al toreo. De antemano se sabe —por la composición de los carteles— que la corrida no se plantea sobre base de toros con son y toreros artistas, sino entre animales con dureza y hombres que son valerosos o intentan serlo. Los resultados responden a esta tónica.

De estas corridas no hablaremos nunca exquisitices. Los toros despiertan —como el pasado domingo en San Sebastián de los Reyes— un sentimiento vago de temor en los tendidos, una admiración por ver desencadenada una potente vitalidad de la naturaleza, un emocionado deseo de que el hombre salga intacto del encuentro con la fuerza.

En la desigual coyuntura, corresponde el triunfo al hombre de valor sereno que —al estilo de los viejos fundadores— conoce el oficio, se centra con el peligro y lo domina con arte popular, directo. (De los exquisitos no hablamos, porque normalmente no se arriesgan a corrida de tanto aparato.) El vapuleado es el hombre valeroso, pero torpe, que quiere suplir las reglas del toreo con buena voluntad: es angustioso verle en las astas del toro, pero tiene derecho a un reconocimiento de emoción en la impavidez con que acepta la dureza de su sino adverso. (Quiera Dios que nunca le cale el toro, que le levante los pies del suelo.) El ridículo es para el torero, de los llamados finos, que aceptó el toro grande a la fuerza para así poder vestirse de luces. (Sacrificio estéril, que solamente conduce a la acumulación de fracasos.)

En todo caso, señalemos nuestra admiración para quienes se enfrentaron con una corrida de toros de respeto, que son los que hacen a los toreros respetables. Los artistas exquisitos —ausentes en el binomio «miedo-valor»— se administran bien. Respetemos sus intereses. Pero no les concederíamos, si se quedasen solos en la Fiesta, el margen de confianza que los valientes se ganaron a pulso en más de un siglo de toreo.



UNA CORRIDA PARA CUALQUIER EPOCA

EN la barrera de San Sebastián de los Reyes una escena muy de hoy. La niña, el extranjero y el maestro de aficionados.

La niña representa, por partida doble, la curiosidad de las nuevas generaciones y la presencia de la mujer en el tendido. El doble encanto de la belleza y los pocos años ponen una nota grata en la dureza de la corrida.

Al centro, un conocido veterano del turismo taurino: el señor Wanderfort —que un día alguien tomó equivocadamente por un doble de Ernest Hemingway—, madruga en su afición taurina a la que ha hecho honor desde la primera novillada del año en Vista Alegre. Signo de los tiempos.

Y, por fin, don José María de Cossío, cuya presentación no hay que hacer sin correr el riesgo de que alguien pregunte: ¿Y a ustedes quién les presenta?

Don José María se frota las manos. ¿Para desentumecerlas del frío? ¿Para confortarse al ver salir toros que le quitaban una porción de años de encima? Cuando se lo preguntamos nos responde:

—Yo creo que sería por las dos cosas. La corrida me pareció muy buena, con toros que dieron muy buen juego. Alguno de ellos —como el sexto, que pareció tener más peligro— quedaron así por no haber sido fijados en varas de manera conveniente.

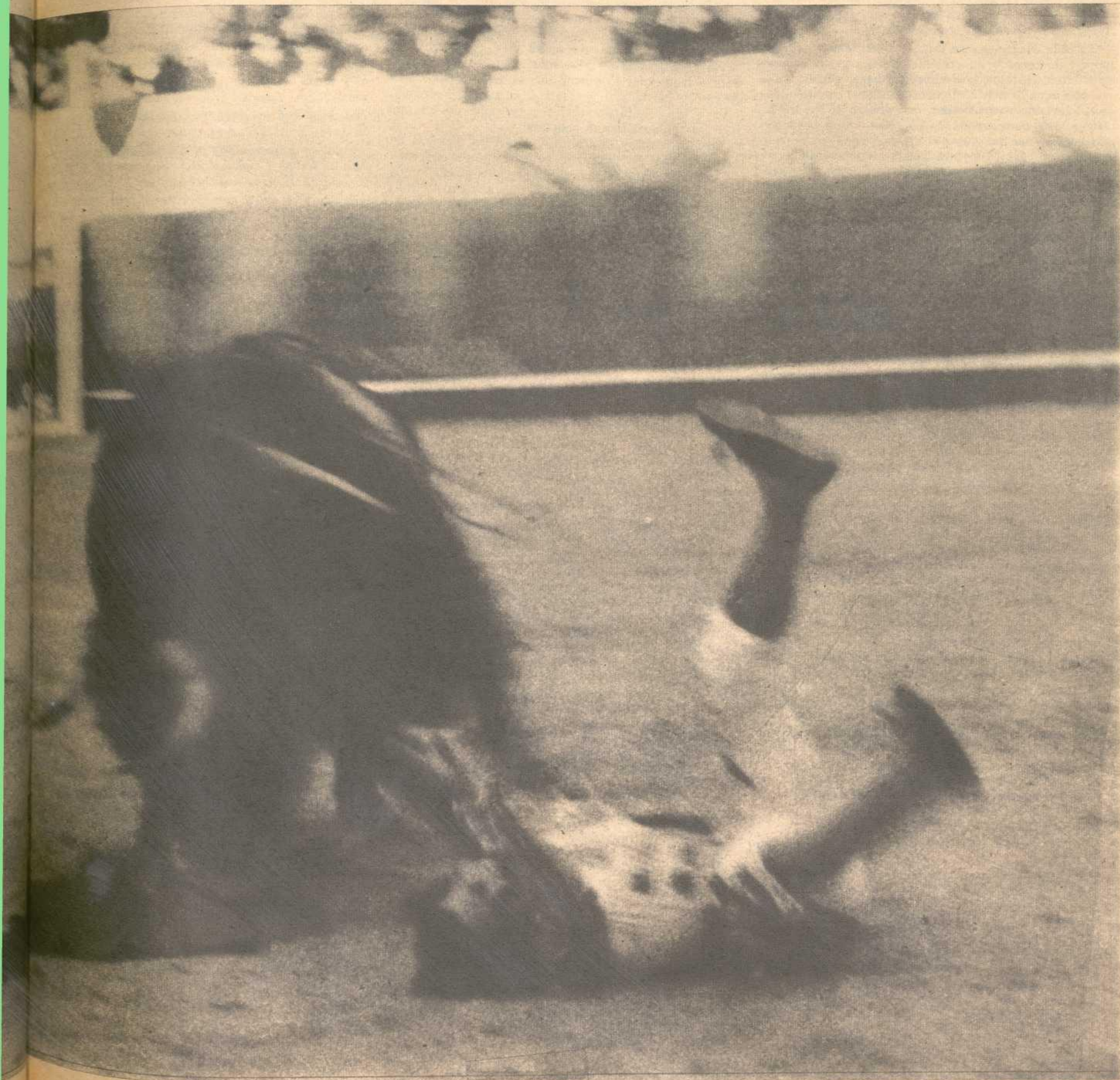
—¿Le recordaron sus pasados tiempos de aficionado «gallista»?

—Es una corrida que pudo haberse lidiado en cualquier época y que demuestra que con esos toros también se pueden hacer faenas. La cosa quedó patente y aclara muchas cosas.

Efectivamente, si no hubiese tantos deseos de crear ambientes de turbiedad en torno a las cosas más elementales, la diafanidad de la lección del encierro lidiado en San Sebastián de los Reyes sería proclamada con mayor sinceridad por todos. Porque lo admirable del caso estuvo no solamente en que los toros tuvieron la edad y el tipo, el armamento y la potencia que el ideal del toreo exige, sino que encontraron delante con tres hombres que, al simbolizar respectivamente el éxito, el peligro y el fracaso, demostraron que a los toreros de hoy no les estaría vedada ninguna de las hazañas del tan decantado ayer.

Si la corrida de San Sebastián de los Reyes hubiese significado el punto de ruptura de un círculo vicioso —«con toros no hay arte, sin arte no hay toros»—, tendríamos también que frotarnos las manos, como hizo don José María de Cossío. Pero no nos hacemos ilusiones. Defendamos el utrero mientras podamos, que ya voces autorizadas dieron la señal de alarma: está cercano el eral.

(Fotos Trullo)



Por

J. L. de Echarri

3 temas en el Redonde

LOS JOVENES DE HOY FOTOGRAFOS TAURINOS EL TURISMO VA A LOS TOROS

V

AYA tema para divagar. La juventud actual y los toros. Hemos de confesar abiertamente que lo joven —con su apasionada manera de ver las cosas, con su matiz pedante y su aire de singular superioridad— nos ilusiona. Es algo así como una experiencia que nos atrae, una incógnita que se va

resolviendo lenta, pero irremisiblemente, con el paso del tiempo. Avanza con seguridad, con firmeza, sin que nada se oponga a su marcha. Es algo así como una constante en la vida de los hombres, que no cambia por mucho que se empeñen algunos en hacernos creer eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor y que la juventud de otros tiempos era distinta a la de ahora. Es posible que fuese —o que fuésemos— peores. ¿Pero mejores?

La vida evoluciona en todos los sentidos y hay que seguir de cerca la marcha del tiempo y sus acontecimientos. Hábitos, costumbres, gustos, modas. Toda va por unos cauces casi preestablecidos, repitiéndose con ligerísimas variaciones, aun dentro de las mutaciones que marca cada época. Pero estas pequeñas diferencias son las que nos gusta a cada generación considerar como nuestras, porque representan aquello que defendemos con más ahínco, como si se tratase de fórmulas mágicas recién descubiertas, capaces de cambiar la faz de la tierra. Y los que así piensan tienen razón, qué caramba.

Se acusa a la juventud actual, por ejemplo, de que no le gustan los toros. Pero ¿qué hemos hecho entre todos para aficionarlos? Sinceramente, poco. Y vamos a intentar explicar el por qué de este punto de vista llevando el tema a nuestro terreno, que es, naturalmente, el del toro y su mundo. ¿Qué tipo de relación tiene el mundo taurino de los intransigentes —que son los acusadores— con la forma de vivir y las preferencias de nuestros jóvenes? Los recalcitrantes del viejo estilo, los añorantes y soñadores de otros tiempos —¡aquellos de «Machaquito» y Pastor, pongamos por caso!— se han encerrado en un círculo de prejuicios heredados de abuelos, a padres y a hijos, y no hay quién les convenza de que se puede ser un gran aficionado a los toros y bailar el «twist» si hace falta. Con esa cerrazón es difícil incorporar a la juventud a los tendidos.

A los jóvenes les asusta un poco ese mundillo trasnochado de la vieja y cochambrosa tasca donde se pierden horas y horas hablando de los toros y sus alrededores frente a una caña de vino y unas criadillas de toro. Les gusta el vino —¡cómo no!— y las tapas, pero en un lugar alegre, en un ambiente limpio. Hay que darle variedad a la existencia. Y se puede elogiar una verónica de «El Viti» al tiempo que se domina el tema de Picasso; se opina sobre la última sinfonía del maestro Rodrigo o se habla del «guateque» del día anterior. El mundo de los toros, precisamente por su arte, debe aspirar a un puesto de primacía en la rueda intelectual del país, pero para alcanzar ese punto tiene que prescindir de muchos resabios. Hay excepciones, como en cualquier orden de la vida; pero por su misma condición de singularidad no se las mira con buenos ojos por los considerados como valores puros, como defensores, no ya del toro-toro, que todos elogiamos en cuanto tenemos oportunidad, sino de una forma de ser y de estar frente a la vida, que, al parecer, sólo ellos entienden.

Se puede ser muy de nuestro tiempo, tan bueno, por otra parte, como los demás y gustarle a uno los toros. Se puede y se debe. Pero para ello hay que ayudar a abrir los ojos a esos jóvenes que desde tan lejos ven las corridas y que, sin embargo, cuando las descubren se quedan boquiabiertos, asombrados, sobrecogidos por su belleza y por su plástica. Si algo puede derrochar el mundo de los toros es señoría, elegancia y buen porte. Lo que pasa es que los zafios, los del tópico, gritan más. Pero si entre todos hacemos un esfuerzo callaremos sus voces y daremos oportunidad a los jóvenes para que se sienten en el tendido y vean lo que es bueno.

¿Que después se van a una «boite»? Bueno, ¿qué?

H

E aquí un buen punto de meditación, uno más de los muchos sobre los que cabe la discusión y necesitan modificarse de cuantos componen en su totalidad la vida de la Fiesta nacional. Nos referimos a los fotógrafos taurinos. La cuestión nos la ha sugerido la propia revista. EL RUEDO publi-

có en la última semana unas estampas tomadas por el teleobjetivo de Carande en la localidad sevillana de Alcalá de Guadaíra. Algo distinto, sabe. Con un aire renovador que para sí quisieran otros aspectos de los toros.

Para, templar y mandar. Conformes, Conformes en que la Fiesta debe ajustarse a unos cánones que son inamovibles. Pero no es menos verdad que ciertas cosas necesitan una urgente actualización. Lo mismo que hay quien opina —y opina bien— que una corrida se compone de algo más que unos muletazos con la izquierda; lo mismo que el festejo tiene tres tercios y los tres su «aquél» y su razón, lo mismo ocurre con los fotógrafos; por ejemplo, de los que hoy ha venido a mano ocuparse.

Las fotografías de los toros —de las corridas de toros, se entiende— son de una monotonía que tira de espaldas. Hay un mundillo que gira alrededor de los toreros, de cada figura, al que nos mueve más que una escala de intereses y valores, que creemos debe tener hartos a los mismos diestros. Esa especie de «corte» se compone de personajes muy dispares. Entre ellos cuenta, a veces, el fotógrafo. La función del fotógrafo no puede ser más noble, más apasionante y de mayor interés en el juego de la familia periodística. La fotografía ha llegado con las técnicas modernas a ser fundamental en la buena o la mala marcha de una publicación. Prueba de ello es que las grandes empresas editoras se disputan exclusivas gráficas como argumento decisivo para ganarle el tirón a la competencia. Más aún que la de ésta o aquella firma. Por algo será.

Reconocida esta importancia, y en la línea de esa misma función esencial, está nuestro argumento de que el fotógrafo taurino debe renovarse. El tradicional redactor gráfico que va a los toros se esfuerza poco por buscar cada día una novedad. El sabe que con tirar unos cuantos rollos y luego escoger aquellos pases de mayor lucimiento para el torero ha salido del paso. Del paso con su periódico y del paso con los compromisos. Pero no es eso, amigos. La corrida se compone de una serie de momentos, de un conjunto de cosas que son tan importantes como ese natural o ese pase de pecho que tanto os enorgullece a veces. El toro, el ambiente, un gesto, una arrancada. Todo ese mundo que se mueve dentro y fuera del redonde. Toda esa gama multicolor, armoniosa, bella, que hace distinto cada festejo. Eso que el público ve casi sin darse cuenta, como cosa natural, y que la cámara tiene obligación de hacer pasar a la inmortalidad.

¡Acabemos de una vez con la clásica foto del pasecito! Demos entrada a las nuevas gentes, a los independientes, a los que van a los toros con su máquina, preocupados solamente en captar aquello que les parece más singular, más extraño, más nuevo. Si algún espectáculo ofrece un campo infinito para este tipo de ensayo, ése precisamente son los toros. Ya sabemos que muchas tardes la cosa cae por la vertiente del aburrimiento, y entonces es más difícil sacarle punta a la cuestión. Pero ahí está el arte, ahí la dificultad y el buen pulso para disparar en el momento justo.

Algunos se preguntarán que eso cómo se hace. No hay respuesta. Es como un don de Dios que algunos llevan dentro. O se tiene gracia para verlo o no se tiene. Lo imposible es adquirirla. ¡El talento no se compra, ni se aprende. Se lleva en el alma y con eso basta. Esperamos que, con vistas a la temporada española, surjan esos jóvenes renovadores, máquina en ristre, capaces de darle un aire nuevo, confortador y alegre a la fotografía taurina, desterrando la monotonía y el aburrimiento.

E

L turismo, casi mejor el turismo es tema del que nos gusta hablar ahora a nosotros, los españoles. Y nos gusta porque nos ha familiarizado con él. Antiguamente —un antiguamente que me ahí, a la vuelta de cualquier quina—, ser turista representaba para los ibéricos sinónimo de

queza, de capacidad económica, de holganza. Algo como darse la gran vida. Hoy los términos han cambiado, afortunadamente, y se cuentan por millones los turistas que tenemos repartidos por la geografía propia y extraña. Pero no vamos a ocuparnos de nuestro turismo, sino del que llega a nuestro país del que nos visita.

España ha puesto el mingo en esa escala de valores propagandísticos que exhiben las agencias y promotores para que el viajero se anime y "pique". Este juego de los que van y los que vienen ha pasado como factor esencial la facilidad con que uno se marcha de polo a polo sin más que aguantar el medio la hora de remontar el vuelo y soportar con cierta compostura unas horas allá arriba, alternando nubes de nubes y cielos azules. El mundo se ha vuelto así de fácil para sus habitantes. Y luego nuestra paz, nuestro sol y nuestros toros, fiesta única en la gama de espectáculos que pueden ofrecerse por estas tierras.

A nuestra tierra acuden cada año mayor número de turistas. Vamos cerca de los diez millones y piensa que aún queda bastante camino por recorrer hasta que lleguemos a ese punto de saturación que tiene toda marcha ascendente en cualquier etapa de la vida. Pero ahora que nos damos cuenta, no hemos hecho más que parlotear sin centrar el tema. Va siendo hora de que sentemos los pies con firmeza sobre el terreno que nos corresponde. ¿Cuántos esos turistas van a los toros? Muchos, muchísimos. Efectivamente, son cientos y miles los extranjeros que se cuentan en las plazas cuando hay festejo. Ellos vienen aquí a gozar del paisaje, a tostarse al nuestro sol, y de paso a ver una corrida. Los hoy no se pierde tarde taurina mientras dura su vida, pero éstos son los menos.

Se ha hablado mucho y se seguirá comentando el tema de la afluencia turística a las plazas de toros. Pero ni son todos los que van ni "pesan" tan directamente o la hora de "alegrar" las taquillas y "vocar la aparición de ese ansiado cartelito de "hay billetes". No hace mucho nos decía un importante empresario taurino —y en EL RUEDO que constancia de su declaración— que para él lo importante era el público de siempre, el fijo, el nativo, el espectador foráneo —en este caso entendemos como tal el de más allá de nuestras fronteras— es como una lotería. Casi un premio. El festejo hace falta verlo, calcularlo y organizarlo a nuestro gusto, a satisfacción de los de aquí. Lo permanente y lo que cuenta siempre. El turismo puede ser para nosotros un día. ¿Por qué? No se sabe. Acaso por la misma razón que empezó. ¡Alguien se ha puesto un nuevo eslabón en esa difícil cadena de posiciones rísticas que se disputa el mundo de nuestro tiempo. Probablemente no habrá una razón lógica que explique, aunque sí muchos factores que, aunados, determinan esa espléndida realidad.

El turismo va a los toros. Ciertamente como la gran masa de espectadores que componen un turno rotativo, que rara vez se abonan a una feria, pongamos por ejemplo, ésos ya no los podemos considerar turistas. Son tan nuestros, casi tan españoles, que hasta han tendido los toros.

¿Qué más se puede pedir!

EL RUEDO

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ-CUESTA. - Dirección, Redacción y Administración: Avenida del Generalísimo 143. Teléfs. 235 06 40 (nueve líneas) y 235 22 40 (nueve líneas). AÑO XX. Madrid, 20 de febrero de 1964. - Número 1.026 Depósito legal: M. 881 - 1958

Director: ALBERTO POLO

DESPEÑAPERROS EMPIEZA EN BILBAO

DE MADRID A SEVILLA RECORDANDO LA NOVELA DE UN TORERO

El «madrileño» fue mozo de comedor en esta misma mesa. Ahora vuelve convertido en Luis Segura para sentarse en el butacón de los invitados

DESPEÑAPERROS es una frontera histórica y rotunda. —Desde allí hasta el mar, los toros embisten. De allí p'arriba..., topan.

Con los toreros ocurre igual: si son de allá abajo, toreadan. Los temas dan pases. Despeñaperros, frontera del toreo. Vamos a ver qué hay de verdad en todo esto.

Voy hacia el cortijo de Malapié, en tierras de Peñafior, entre Sevilla y Córdoba. Atrás queda la sombra del pobre Ignacio junto al estribo de la plaza de Manzanares. Un poco al sesgo está Talavera, donde se cerró una enciclopedia del saber y el poder. Ignacio y José, dos andaluces que acabaron en Castilla. Dos versos de Gabriela Ortega. Ahora estamos en la ruta sentimental de un torero madrileño que empezó su calvario en Andalucía. Por el camino anda jugando al escondite el río Guadiana. Un río como la vida de muchos toreros. Se hunde en

**Texto: ALFONSO
NAVALON GRANDE**

Fotos: CUEVAS



De aquí salió
aquel chiquillo
a dar sus
primeros
naturales.
Volver es
siempre
una emoción



el anónimo o reviente pujante cuando menos se espera.

El penal de Ocaña, tragedia de vidas sepultadas, es como muchas vocaciones que no aciertan con la puerta de cuadrillas.

Pasamos por Santa Cruz de Mudela, el pueblo de la muerte tranquila, unido al cementerio blanco por un paseo de cipreses. ¡Qué diferencia con esos corrales de muertos castellanos! Azul del cielo y verdinegro del ciprés. Al fondo el oro de la tarde. También los toreros, como Santa Cruz de Mudela tienen un paseo lento entre la vida y la muerte: lento de ajustarse, para apretar los miedos de las cinco en punto. Lento de llevar, cruzando esa angustia del portón a la presidencia... No sé por qué este paseo de cipreses me recuerda un traje de luces haciendo el paseillo hacia la gloria del olvido.

En los ojos de Luis Segura se adivina toda esta tragedia. Yo nunca había visto a Luis con la cercanía de tres días sin dejar de hablar. Y es que nadie sospecha esa biografía apretada y tremenda, viéndolo torear entre la facilidad y el arte. Pero este torero joven y triunfante tiene ojos de viejo. De pensar mucho. De marcharse por este mismo atajo de Despeñaperros decidi-

do a ser torero, cuando otros niños sueñan todavía con los Reyes Magos. En la mirada de los hombres van quedando todas estas luchas. En la de aquel niño se abrió una vida errante, llamando a las puertas de los ganaderos, esperando en la tapia y dejando en la vía el cuerpo machacado de un compañero que iba con él en los topes del tren.

Y luego cuando fue matador de toros, se escapó de la gente encerrándose a buscar el porqué de su vida: Por qué no mataba, por qué cortaba orejas, por qué no iba a las plazas donde debería ir. El no entendía nada de todo aquello. Toreaba por intuición.

Y por intuición tuvo el buen gusto de no dar publicidad a su aprendizaje de humillaciones. No quiso hacer leyenda más que toreando.

UN GARROCHISTA Y UN VIAJERO

Pero estamos ya en una taberna de Peñafior, pueblo blanco y largo vecino de Palma del Río, amigo del Guadalquivir, de los toros negros y las chumberas.

En la taberna encalada se habla alto y seguido. Se nota que no es Castilla. Dos ganaderos andan metidos en la

discusión. El feudalismo andaluz hecho democracia torera. José y Antonio de la Cova son hermanos por el apellido. Nada más. José, hombre de garrocha y de tentadero. Antonio es un bohemio, cuando se aburre de leer le da una vuelta al mundo. Así como suena: «Mire usted, yo salí un día por ese "lao" y volví por éste.»

Con José está resumida media historia de Andalucía. Habla, bebe, y fuma sin parar. Su nombre se dice con respeto, es de los que saben hacerse escuchar. He visto en su casa de mármol y cabezas antiguas una semblanza de aficionado ejemplar. A pie y a caballo, entrando a matar un toro en la Maestranza ¡con las espuelas puestas!, clavando un rejón en todo lo alto. Nubes de garrochas en el paisaje infinito de la marisma. Cartulinas antiguas con Belmonte y con «Manolete», cuando el de Linares toreó una becerra por última vez. En el sitio de honor hay un retrato del «Maestro»: En esta casa el «Maestro» era Rafael el «Gallo». Las opiniones de Rafael pesaban tanto como las del conde de la Corte y las pocas veces que Pepito de la Cova (ganadero desde los cinco años) tenía que consultar con alguien lo hacía con estos dos hombres. El conde le mandó

como regalo de boda un toro semental. El «Gallo» le regalaba opiniones y sentencias.

—Un día mi mujer le preguntó qué pensaba de Luis Miguel Domínguez.

—«Mu güeno.»

—Bueno, Rafael, no te escapes. De nos de verdad lo que piensas.

—¡Pues mira, Julia, ése es un banderillero largo...!

Recuerda también una definición belmontina sobre el valor. «El valor es un especie de angustia por vivir bien. Y para vivir bien hay que tener cabeza.»

—Eso de tener cabeza no lo entiendo. ¡Fíjate mi hermano, un ganadero que se va a Hong-Kong y a la India y que hace las tientas para divertirse! Bueno, pues le sale mejor que a mí con estar siempre encima de esto. El año pasado, mientras estaba en Tokio, hice una tienta de sementales y el primero que probamos salió superior. Al día siguiente escogí en lo mío y tuve que tentar cinco hasta quedar con confianza. ¡Esto del toro no hay quien lo entienda!

Al día siguiente lo vi poner las vacas al caballo con la justeza y el sabor de un lidiador consumado. Y es difícil que mientras viva pueda olvidarse



Mañanita clara de Andalucía. El sol acaricia el dibujo de los zahones. Incienso torero de los puros. La tienta va a empezar, pero el «madrileño» ya no tendrá que esperar el turno de la tapia. Hasta la cierva parece esponjarse de satisfacción con la vuelta del maletilla hecho ya matador de toros, un torero de los pies a la cabeza

Un día lo recibieron a palos. El guarda tenía órdenes de mantener a raya los maletillas. Pero el «madrileño» no guarda rencores. Sabe que tenía que ser así. El guarda olvida la cervatilla para salir a esperarlo con cara de padrazo orgulloso. ¡Quién me lo iba a decir!...



Cuando Luis Segura llegó al cortijo sólo había otro soñador de torero: «El Curro», que se quedaba durmiendo en cualquier parte, ¡hasta encima del burro!, cuando iba a llevar la leche a Peñafior. Ahora, ya lo ven: todos quieren tener un coche. Y para conseguirlo empiezan por echarse el pelo en los ojos...



Camino del tentadero, a pie como antes. El mayoral es todo un atentado a la estética, andaluza, ¡con ese jaco y montando como un inglés!... ¡Ay de la pinturería y los garrochistas de Villalón!...

de cómo toreó a una becerra codiciosa, corriendo la mano y jugando la muñeca con verdadero garbo. ¡Vaya espejo de ganaderos con celo!

«MADRILEÑO, ¿PERO TU QUIERES TOREAR?»

Imaginaros la admiración de Luis Segura hacia este hombre. Y la desilusión cuando le dijo: «Tú no puedes ser torero.» ¡Corres más que una vieja!»

Luis se marchó de casa con pantalón corto camino de Sevilla. A él se le había metido en la cabeza que para ser torero había que ir a Sevilla y hablar con Juan Belmonte. Y se fue.

«El corazón se me salía del pecho y no me atreví a decirle nada. Era como Dios.» Así anduve detrás de él varios días hasta que una tarde cuando iba paseando cerca de la Maestranza me acerqué: «Vengo a que quiero ser torero.» Belmonte, sin fijarse en mí, contestó: «¡Déjame, que no tengo ganas de hablar!»

Luis apretó los dientes. Al día siguiente había faena en lo de Isaias y Tulio Vázquez. Preguntó dónde «caía» y se acomodó en el primer tren que pudo. Ya no tenía una peseta encima, y escapando del revisor se pasó de es-



En estas tres estampas vemos arriba un momento del tentadero de machos. ¡Si se repitiera en las Plazas! Con el palo por delante. Esperando. Y el novillo galgueño, con el rabo por alto de puro bravo, se arranca de lejos

A la izquierda, Luis Segura contempla con aire de admiración al niño que quiere ser torero. Así era él cuando llegó a esta plaza

Encima de estas líneas, torreo con la muleta, cintura y muñeca. Hay garbaje y gracia. Está torreando hasta con la puntera de los zapatos

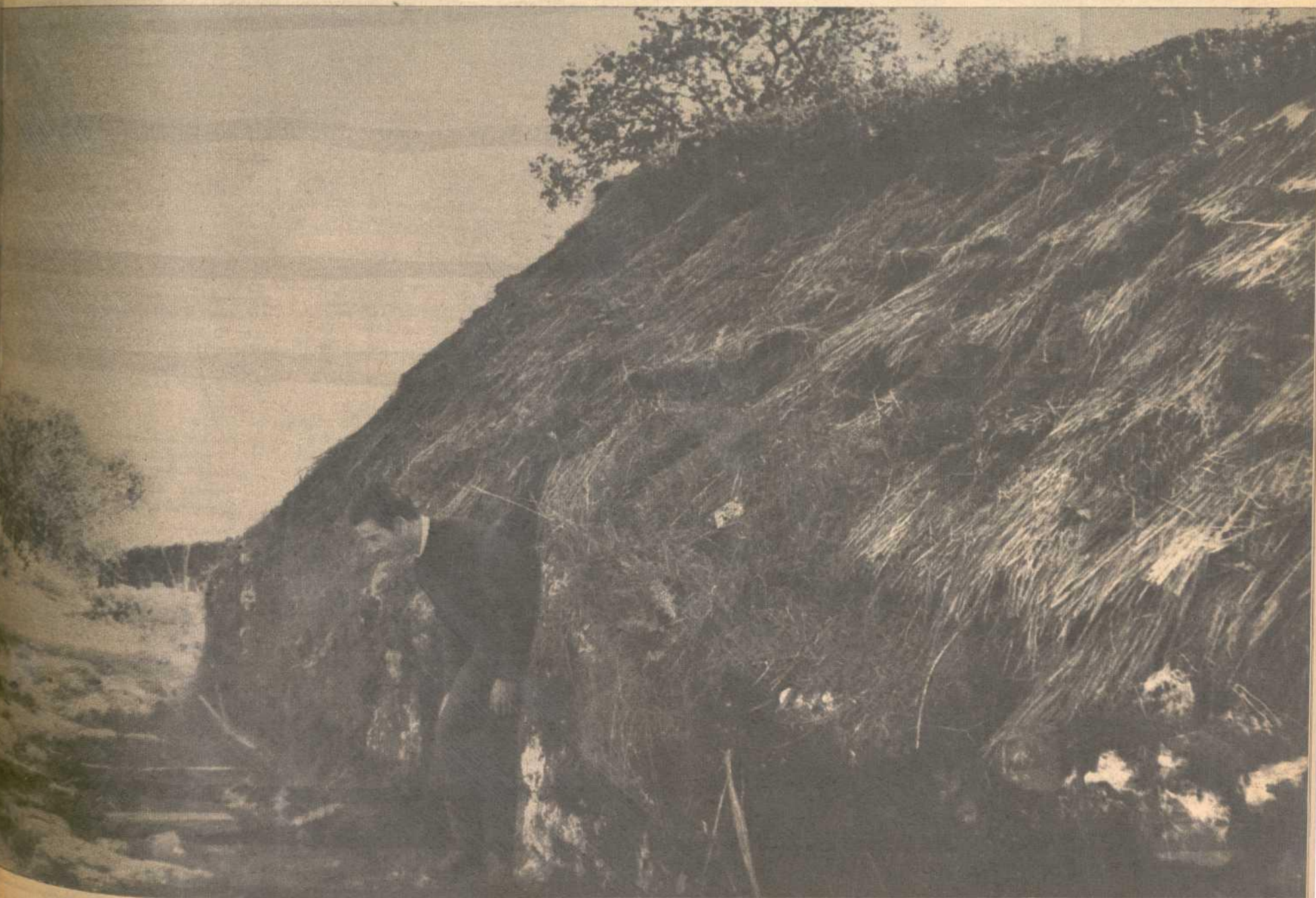




Arriba: Vamos hacia el «Chozo de Corea», donde Luis se refugiaba cuando le hablaban de meterlo a estudiar

A la izquierda: Luis Segura señalando el lugar donde dormía envuelto en la manta de un caballo

Abajo: El torero ha querido volver al «Chozo». Así, cuando el valor le falte, su recuerdo será como un agujón de ánimos





tación, acabando en Peñaflor de noche y sin conocer a nadie. Al pasar me enseña aquel tejedor de las afueras, muy cerca del río y de los toros de don Félix Moreno, donde durmió su primero desilusión.

«Por la mañana "Currito el Herrador" me dijo que había tentadero en el cortijo de La Sancha. Estaban Curro Caro y Carlos Arruza. Al subir en el palco me pegaron los guardas y ya estaba decidido a tirarme de espontáneo». Pero Currito habló con el ganadero, y al terminar Arruza con una becerra áspera que lo había cogido varias veces, don Antonio de la Cova preguntó por el «Madrileño», y al verlo tan chiquito, exclamó: «¿Pero tú eres el que quiere torear?» «Mire usted, parecía una codorniz. Bajó y le dio tres o cuatro naturales «mu» largos. Me acuerdo como si lo estuviera viendo. Entonces Arruza dijo que era mentira lo de los doce años, que aquel niño era un enano.»

Sacaron una utrera. Arruza estaba mosca con el crío. «A ver si eres capaz de torear a ésta!» Pero los demás le quitaron la muleta porque aquello era una barbaridad. El «Madrileño» se echó a llorar: «¡Déjeme!, ¡déjeme!» Arruza le dio su muleta y estuvo un rato en vilo. Luego le dijo a Curro Caro: «Vámonos, que a éste no lo coge.» Cuando Luis se vio sólo echó el trapo a la zurda y avanzó recto al pitón contrario. Los matadores volvieron corriendo: «¡Chiquillo, que te va a matar!»

Desde entonces se hizo popular por aquellas tierras, tan popular que nadie lo conoce por su nombre cartelero. Allí sigue siendo el «Madrileño» y como tal

«Madrileño» se anunció en Puebla de los Infantes y Palma del Río cuando ya tenía quince años.

«¡MIRA QUE SI LLEGO A HACERTE PERITO AGRICOLA!»...

En el cortijo de Malapié se quedaron pequeños estos ojos de labrador castellano: nueve tractores he visto salir esta mañana de las cocheras. Doscientas vacas de casta. Encinas y una vega enorme. Cerca de la placita los acemileros van y vienen recogiendo el fruto de los naranjos. Naranjas sevillanas suaves y dulces, que se pagan a peseta debajo del árbol. Siempre la misma sinrazón. Da lo mismo Andalucía que Castilla. Los que sudan el trabajo cobran a peseta las mismas cosas que otros venden a duro en el mercado.

Antonio de la Cova me cuenta que ha vendido las patatas a ochenta céntimos y que las corridas no compensan la cantidad de gastos que acarrear. El problema del campo no tiene Despeñaperros.

Pero estas tierras despiertan la envidia de cualquiera. Hace unos días he visto las ovejas y las vasas de Salamanca sin más alimento que la paja de las pesebreras, con los valles secos como un camino. Por aquí abajo hace ya tiempo que es primavera. Da gloria sentir bajo los pies la caricia mullida de la hierba.

Hasta en las casas ha sido larga la naturaleza con los andaluces. El meridional vive mejor porque vive más. Al castellano le queda poco tiempo de estar en casa. Por eso las alquerías

Antes de volver a Madrid, Luis Segura fue a casa de «El Curro», su compañero sin suerte. La madre y la hermana salen a verlo. El hermanillo empezará cualquier día a dar pases

son austeras. Tienen lo justo y a veces ni eso. Dije que las casas las da la Naturaleza, no los albañiles.

En el cortijo de Malapié hay teléfono, televisión y nevera. Llegan a diario revistas de todo el mundo. La biblioteca de Antonio de la Cova es abrumadora y en todas las habitaciones encuentras libros.

Estamos desayunando leche con galletas en la misma mesa donde Luis Segura hizo de mozo de comedor durante tres años seguidos.

Ayer el ganadero garrochista confesaba: «Este es el único torero que me ha confundido!» Ahora su hermano Antonio añade: «Me tenía preocupado este chico y estuve a punto de meterlo en un colegio porque era muy inteligente. ¿Pero torero?... Tan chiquitillo y tan gordito, ¡y con más miedo que «El Gallo» a los sesenta años!...»

«¡Mira que si llego a meterlo perito agrícola! ¡Vaya un cargo de conciencia!»

EL «CHOZO DE COREA»

Estas palabras se le clavaron al torero en el corazón: «Durante toda mi carrera estuve obsesionado con esto. ¿Será posible que yo no tenga valor?»...

Ahora ha vuelto el «Madrileño» en un Mercedes a sentarse en la mesa de los señores, a pisar el despacho donde le dijo Antonio de la Cova cuando vino del Perú:

—Mira, Luis, yo no puedo tenerle aquí porque, como sólo piensas en ser torero, no haces nada de provecho en la finca.

Un día había invitados en casa, lo mandaron al pueblo a por una docena de huevos para preparar la comida, ¡y volvió de noche!

—¡Lo que tenían que aguantarme! Cuando ya no podían conmigo me echaban a dormir fuera de casa. Entonces me juntaba con los otros «capas» y vivíamos en el «Chozo de Corea». Ya te enseñaré el chozo para que veas lo que he pasado...

Ha vuelto con fama de valiente.

—A mí me volvían loco cuando decían que me quedase quieto. Yo sabía que me cogía, y como torear no es dejarse coger, tenía que escapar. Luego me ponían de ejemplo al Curro, que era como un poste.

El Curro también estaba en el cortijo. Se quedaba dormido en cualquier parte, y el «Madrileño», cuando lo veía venir del pueblo, dormido encima del burro, le daba la vuelta al animal y Curro se despertaba otra vez en Peñaflor.

Es curiosa la vocación de aquel chiquillo:

—Yo no sabía que de torero se ganaba una millonada; ni que había empresarios, ni apoderados. Yo era torero porque aquello era bonito y toreaba según lo poco que le había oído a mi padre: «Con la pata p' delante y las manos bajas.»

Y Antonio de la Cova recuerda, como algo original, que aquel madrileño hacía el toreo andaluz como nadie. «Tenía más arte que todos los de por aquí juntos; y al poco tiempo de estar aquí

hablaba el andaluz tan cerrado como nosotros.»

De esto han pasado ya muchos años. Pero Luis Segura continúa con su afición desbordante. A su lado no puede estar sin hablar de toros. Cualquier problema tiene que encontrar una solución pronta. Una noche le dieron las tres de la mañana buscando la lógica de la estocada. Luis está enfadado con su hermano Pepe porque encontró la muerte de los novillos en Vista Alegre. Moreno Reina explica cómo mataba los toros, y «Cuevas» hace una demostración que nos proporciona un rato de regocijo.

Pero Luis acaba con las teorías. Coloca una silla. Arranca por derecha, marca la salida, dejando en el momento imaginario una estocada hasta el puño.

NO HAY DESPEÑAPERROS

Cada vez entiendo menos este sentido deslindante. Quizá en otro tiempo tuviera vigencia. Hoy, tanto en Castilla como Andalucía. Puede que el paisaje impresione a los ingenios, y a me apuran, ni el paisaje ni el tipo, porque he visto menos toros que en Salamanca. La gente empieza a perder el sabor y el orgullo de suyo. Al toreo, como al campo, le ha llegado la era de los tractores. Ahora los toreros, los ganaderos y los aficionados tenían estilo personal. Ahora acomodan a los tiempos. El pulso de campo lo lleva el tractor. El de los toros, las taquillas. Los toros y los toreros se crían a gusto de las empresas.

Por otra parte, la historia está llena de paradojas elocuentes: toros del campo tan suaves como los «borregos» de Salamanca. Y miras del campo charro ahí está la divisa picante de los guilanes, pongo por caso.

Hay toreros del sur sin ángel y gracia: del «Espártero» hasta hoy podría hacerse una lista larga. Y castellanos garbosos, como Fernando Domínguez, «Antoñete» o este Luis Segura, que, siendo de Madrid, ha pasado en Sevilla varios cursos de toreros perfumados.

En la tienda del cortijo de Malapié he visto lo mismo que en Castilla: curiosos que molestan porque saben estar, maletillas con las gafas en los ojos y sin ninguna preocupación. Vienen a hacerse ricos, a torero como sea. Entre ellos surge alguno con paladar, como el «jeringuero» de Peñaflor, que sigue la escuela de los toreros grandes.

Becerras de bandera, becerras que no quieren ver al caballo.

También los ganaderos hablan lo mismo: «A mí la que más me gustó fue la segunda; pero hay que darle el cuello, porque salió inclinado para el torero.»

No hay Despeñaperros. Los ganaderos y los toreros siguen el mismo camino. Porque la vida está así, fácil o de difícil. Depende cómo mire.

El tractor de la monotonía amenaza de romper una antigua frontera.

Confíemos que algún día el torero se estrelle contra el tronco de las encinas o de los olivos.

las T. T. T. de la fiesta por Carlos Caba

OROS TOREEROS Y TURISTAS

(DE LOS RECUERDOS DE UN EX PRESIDENTE, EX DELEGADO Y EX AFICIONADO TAURINO)

Del pase por alto haciendo el poste a este pase por alto va mucho trecho. Joaquín Rodríguez «Cagancho» ya contaba cincuenta años cuando se tiró esta fotografía. Eran las últimas gotas del arte incommensurable del gitano. En la posición, en el gesto, en los brazos se ve a un torero de verdad, a un torero distinto a todos, sencillamente porque toreaba mejor que los demás.



Mi llegada oficialmente a la Fiesta nacional fue con un acontecimiento: la alternativa de «Cagancho», en 1927. Y las funciones subordinadas — hasta escalar presidencias — de subdelegado en el patio de caballos y delegado en Plaza y reglamento en ristre, que terminaron en 1935, con el debut en la Plaza de Tetuán de las Victorias, hoy desaparecida, de un novillero andaluz, un tal Rodríguez, hijo de un «Manolete». Ni de una ni de otra me enteré gran cosa. En la alternativa de «Cagancho», por deslumbramiento y preocupación ante aquel gitano, fenómeno pegón, que barría competencias con su toreo de capa revolucionario y la extraña majestuosidad y empaque de su muleta. Un torero que provocaba barrenos en los tendidos; del que unos decían fu, y otros, fa, como siempre que surge alguien que no lleva el viejo compás. Y que congestionaba de entusiasmo o de coraje a sus incondicionales y a sus detractores.

Y precisamente porque el público «podía dárnosla» — la bronca —, el delegado precisó bien.

—Y mucho ojo que no te «tanguen» (engañen). No pierdas de vista las puyas y las banderillas no vaya a haber «burlanga» (cambio). Y no quiero ver un jaco remendado en la Plaza.

No se olvide que fue en 1927; sin petos y con un instrumento legal deslavazado, anárquico. Una docena de artículos embutidos en el Reglamento de Espectáculos, al lado de los cafés cantantes, los de camareras, los dancings, luchas grecorromanas, etc. Sin método, sin la importancia que la Fiesta nacional tiene y la larga casuística que implica. Las consecuencias de aquellas instrucciones a un novato las puede suponer el lector. Toda la corrida pendiente de la chanfaina brujuleante del portón de cuadrillas para adentro, observando idas y venidas, siguiendo a los caballos que llegaban despanzurrados y pisándose las tripas, para evitar que entrara en funciones, so pena de autorización veterinaria, la aguja albardera del mozo de cuadras, los recosiera, los tirara unos cubos de agua por la cabeza y grupa y los volviera a echar al ruedo. En fin, una corrida como para no volver si no hubiera sido por el gusanillo de la afición.

Y de la primera Delegación en la Plaza de Tetuán de las Victorias no me que-

da en la memoria más que una flotante nube de tedio. El novillero debutante, el Rodríguez, hijo de un «Manolete», hizo bostezar al respetable con su toreo codillero, desangelado, y su cara de pétrea seriedad. Hasta el punto de que provocó un aullido espectador.

—¿Es que te debemos algo, niño...? Porque yo me he tratado en taquilla...

Y, la verdad, no sé si el uno por mil de los espectadores pudo suponer que aquel Rodríguez, de aire fúnebre, sería años más tarde el «monstruo» «Manolete». Pasó por Tetuán de las Victorias como uno de los muchos *chaleos* con traje de alquiler, actuación gratis y un número de entradas a su cuenta, de los muchos que por allí pasaban.

Y voy con la alternativa de «Cagancho», con su fabulosa leyenda de hijo o nieto de *cantaor*, gitano de los de «currelo en hierro» —herrero—, y una facha como para atontolar a las sentimentales que lo vieran con su vestio de torear. De padrino actuaba «Valencia II», «El Chato» para los amigos, torero de los de cuajo, sin ringorrangos ni pinturerías, siempre dispuesto a jugarse el tipo, de torero seco y emocionante. Pero «chuleta», muy «chuleta» —camorrista—, tanto en la Plaza como en la calle. Se contaban de él muchas historias. Lo mismo se encaraba con los tendidos que se pegaba en el café con el primero que tropezara en una discusión o diferencia de puntos de vista. Un torero de los de la vieja escuela, con redaños para torear lo que le echasen: toros o flamencos perdonavidas. Hasta tal punto fue así, que, asesinado en Madrid en los primeros meses de la revolución, se dijo que, camino del «paseo» —el tremendo eufemismo del asesinato—, aún tuvo coraje para patear a uno de los verdugos y pegarle un feroz mordisco a otro.

El otro de la terna creo recordar que era el «Niño de la Palma». Los motivos para suponerlo, más que precisarlo, arrancan de algo que había levantado una polvareda el año anterior, en 1926. Cayetano, indiscutible figura del momento, había hecho unas declaraciones públicas contra unos determinados revisteros, de los que decía que la inquina que contra él demostraban obedecía a motivos turbios. Era hombre de desplantes no siempre a tono. Y en una conversación privada, que pronto se hizo pública, acentuó su desprecio contra los que consideraba de pluma venal.

—A mí no se me pega más que una buena mujer. Y le pongo piso y me la llevo de fiesta en fiesta, con gastos a mi cuenta. Pero que yo reparta lo que gano jugándome la piel entre los cuernos...

No guardo, como antes digo, más que detalles sueltos de la corrida, por pasarme la tarde, en pleno sarampión del cargo, verdadera papeleta, cruzando y recruzando el patio de caballos, vigilando esto, atento a aquello, que si los monos, que si las banderillas, que si los jacos corneados... Sin embargo, creo que predominó el tono gris. Alguna ovación oída desde el patio de caballos no sabría a quién adjudicársela. Acaso la siempre formidable media verónica, de corte belmontino, de «Valencia II»... O la estampa, el cromo de «Cagancho, «durmiéndose» con el compás abierto, en un lance largo, largo... O la pimienta taurina, pimienta de clase, de mucha clase, del «Niño de la Palma».

Pero fue un grito que aludía al incidente del torero rondón y los muy determinados revisteros el que ganó la plaza. Aunque acaso también podía referirse a la propaganda desplegada en torno a «Cagancho». Porque el gitano llegaba bien «arropado», casi con una técnica publicitaria a la moderna. Si no lo había «lanzado y dirigido» un apoderado de campanillas y buena carter, venía lanzado. Y en el tendido del tres apareció la pancarta de una Peña sevillana. Una Peña, claro es, «caganchista». Y que además de identificar como tales a los que la ostentaban, se traía en su entusiasmo una serie de definiciones de juerga flamenca. Cada lance «olía» a una copla.

—¡Sí, señó... Toreo por seguirillas... Lo que nunca se acaba...

—¡Así se torea...! El capote se abre y se rompe como el primer tercio de una soleá...

—Hala, Joaquín... Ahora el ayudao por alto... Enséñales a los de Madri cómo se dise un martinete...

Como era de esperar, los de Madri se atufaron. Protestas. El gran cencerro del cuatro, que inició su «tolón, tolón», más contra los de la pancarta y el piropeo que contra el torero. Y en un momento que se hizo el silencio, allá fue la andanada.

—¡«Caganchoooooo...! Esa Peña te arruina... Que te diga el «Niño de la Palma» a qué precio se ha puesto el incienso...



Sobre estas líneas, un festivo. Se dice aquello de «hay que echar las manos abajo». Pero «Cagancho» lo hacía así, con un temple excepcional, con naturalidad, sin retorcimientos pero sin envararse. Esto ¿toreo de ayer? ¿Es toreo hoy? Es el toreo, ni más ni menos, que nada sabe de años ni de épocas.

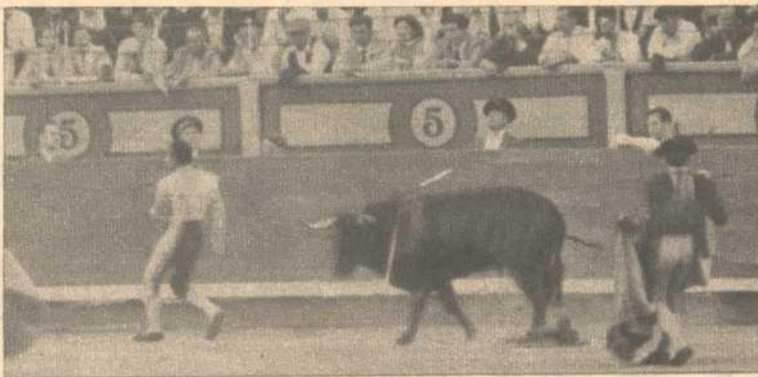
A la izquierda, otra versión de Joaquín. Medio pecho en posición. Soitura en el juego de brazos. La barbilla hundida en el nudo del corbatín. La mano derecha en su sitio mientras la otra marca el camino que ha de seguir el cornúpulo. Arte impar el de «Cagancho».

A la derecha, media verónica por las afueras. Gracia, aquí que hay gracia. El gitano acaba de olvidar de la soitura del polo, del martinete, y marca unas alegrías pinturerías en la media verónica a paso juntos; pero sin venirse hacia adelante, casi cayéndose como vemos ahora. Joaquín, que Dios te guarde muchos años.

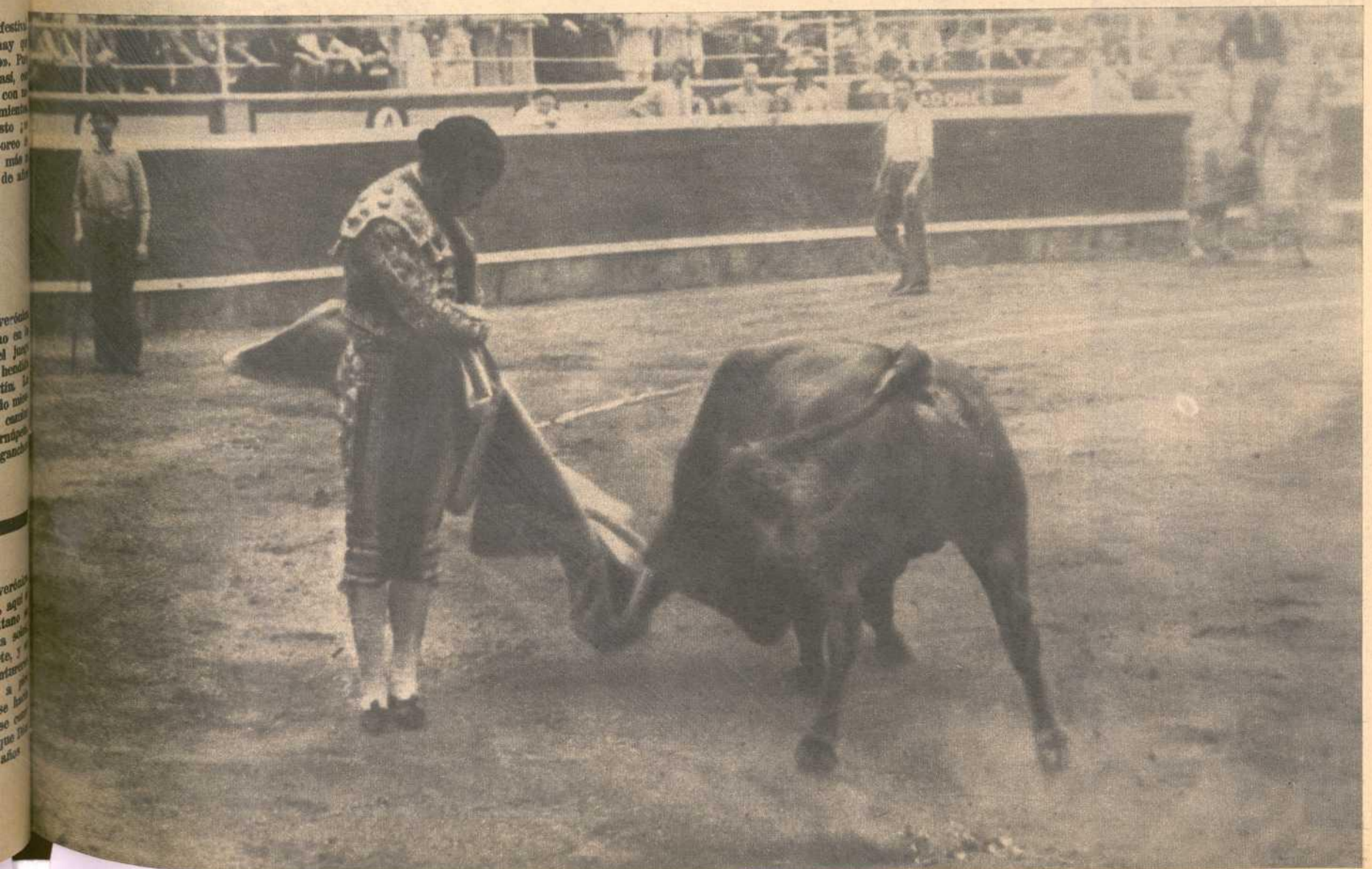


El jabonero embiste con codicia, «Cagancho» lo embarca en la muleta y se dispone a alargar el muletazo. De la chaquetilla —de ese bolsillo chiquitín— que ahora no usan los toreros asoman las puntas de un pañuelo. Detalles de torero —torero— que comienzan a olvidarse por aquello de «lo funcional»

¡Qué difícil, señores! El toro ha girado en torno al gitano. La figura no se ha descompuesto. El pase es de máximo castigo; sin embargo, no hay el menor esfuerzo. La muleta no ha tocado los costillares ni el cuello. En cierta ocasión le preguntaron a «Cagancho» por cierto famoso torero castellano, «Cagancho» respondió: «Mire usted, don Gregorio —se trataba de Despeñaperros pa arriba no se torea, se trabaja...»



Y la espantá. Gracia para correr. Los toreros de verdad, los que poseen el don divino del arte, no les importa salir de naja cuando la ocasión la pintan... grave. Lo difícil es saber convertir las lanzas en cañas, los gritos de ira en gritos de entusiasmo



Santiago y cierra América



Es inútil decir —porque todo aquel que vaya a los toros con ojo avizor se habrá dado cuenta de ello— que Santiago Martín «el Viti» es uno de los pocos toreros actuales que no pasean el toro sino que lo ligan, lo ensamban convenientemente. A veces le da un breve respiro entre serie y serie, pero nunca esa pausa se convierte en un vano, ni muchísimo menos en un paseo para provocar la ovación. «El Viti» es, por hoy —y quiera Dios que por muchos años—, un torero incapaz de provocar los aplausos del público utilizando recursos poco taurinos, poco artísticos, poco honrados.

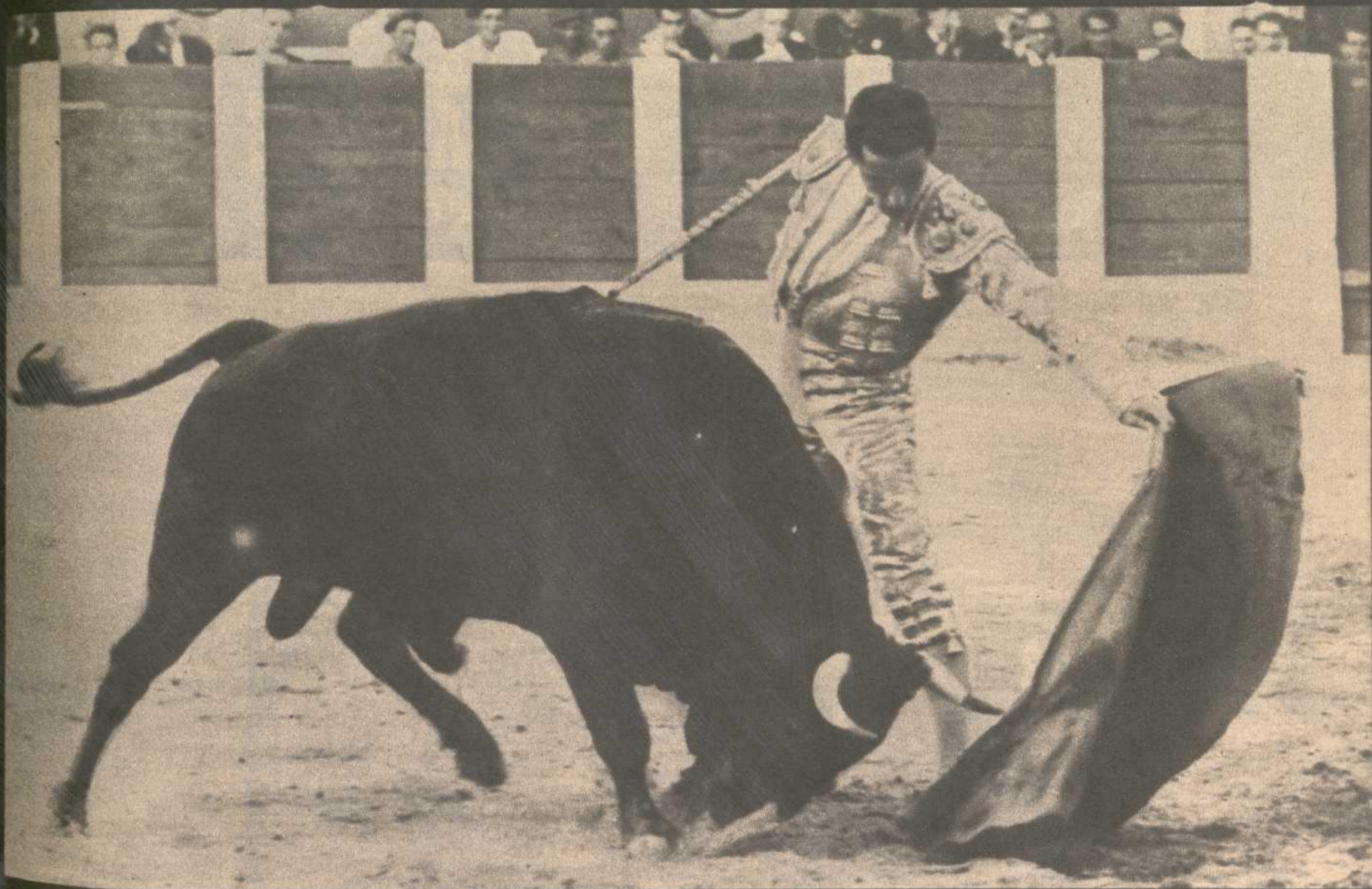
No cabe defender únicamente la integridad del pase natural de la estocada; hay que defender cada tarde, frente a cada toro, la integridad de todos los pases, es decir, del toreo mismo. Lo contrario es estolidez, cuando no una inmoralidad.

Santiago Martín «el Viti» es un torero que procura realizar, en cada y cada una de las cosas que hace en la Plaza, lo mejor posible. Esa es una de sus más importantes virtudes taurinas y humanas. Su honradez profesional es algo que creo fuera de toda duda. Y no por suposición, como el valor del soldado, sino por acreditadas y reiteradísimas demostraciones.

Hay toreros de pases y toreros de faenas, como hay pintores de cosas y pintores de cuadros. Y muchos pases tienen por constituir necesariamente una faena, ni muchas cosas pintadas tienen por qué formar un auténtico cuadro. Pues bien, «El Viti» es, ante todo, un torero de faenas, no un torero de pases, a pesar de que tiene lo que poderíamos llamar «calidad de pases». Pero Santiago Martín no da muleta sin una razón lógica que le impide se a crearlos, sino que, por el contrario, son consecuencia de un proceso de síntesis y tiende a que la faena de muleta tenga una arquitectura lógica y racional. Precisamente por eso mismo las faenas tienen unidad, ligazón y estilo.

S. M. EL VITI CULMINA SU TEMPORADA ARROLLADORAMENTE

El pasado domingo, en la Plaza de Bogotá (última actuación del famoso torero castellano en los ruedos americanos), puso una vez en juego su enorme amor propio y, en un alarde de superación artística, alcanzó el triunfo más impresionante que se ha registrado en aquel coso



**ASI REDONDEO LA CUENTA DE LOS TROFEOS
CONQUISTADOS EN SU CAMPAÑA POR AMERICA**

Amanece. Antonio, el picador, prepara los hierros para proteger la pierna. El es el tentador

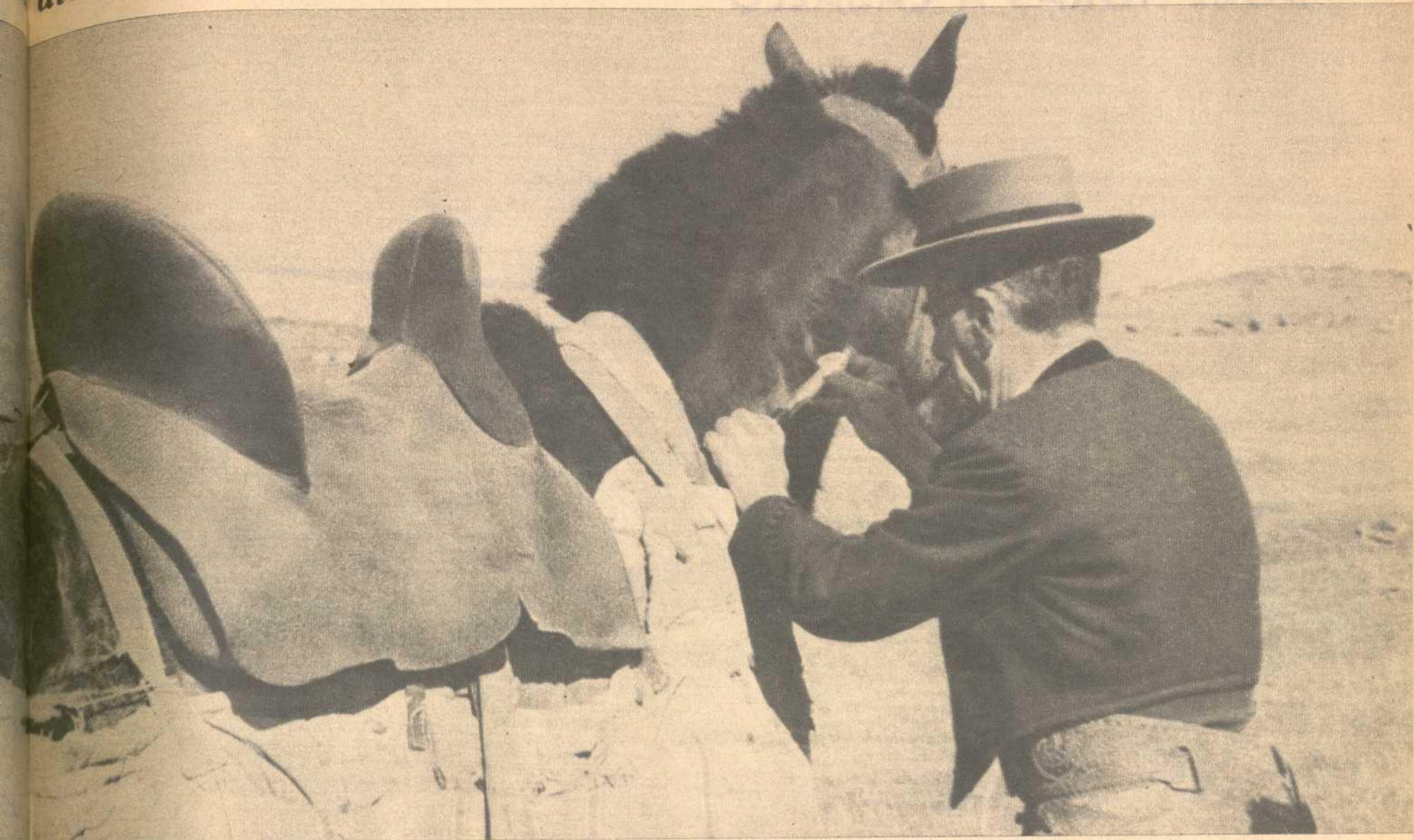


**DOCE
HORAS A
CABALLO
EN LA
FINCA
«LAS
ARENAS»
DE
CAMPO
DE
BADAJOZ**
EXCLUSIVO

Don Arcadio



Don Arcadio, de rodillas, saca de las alforjas de cuero, que él hizo con sus manos, los avíos



Y él mismo inyecta una ampolla de morfina en la tabla del noble y viejo bruto para que no pernee, cabecee y descomponga luego la reunión

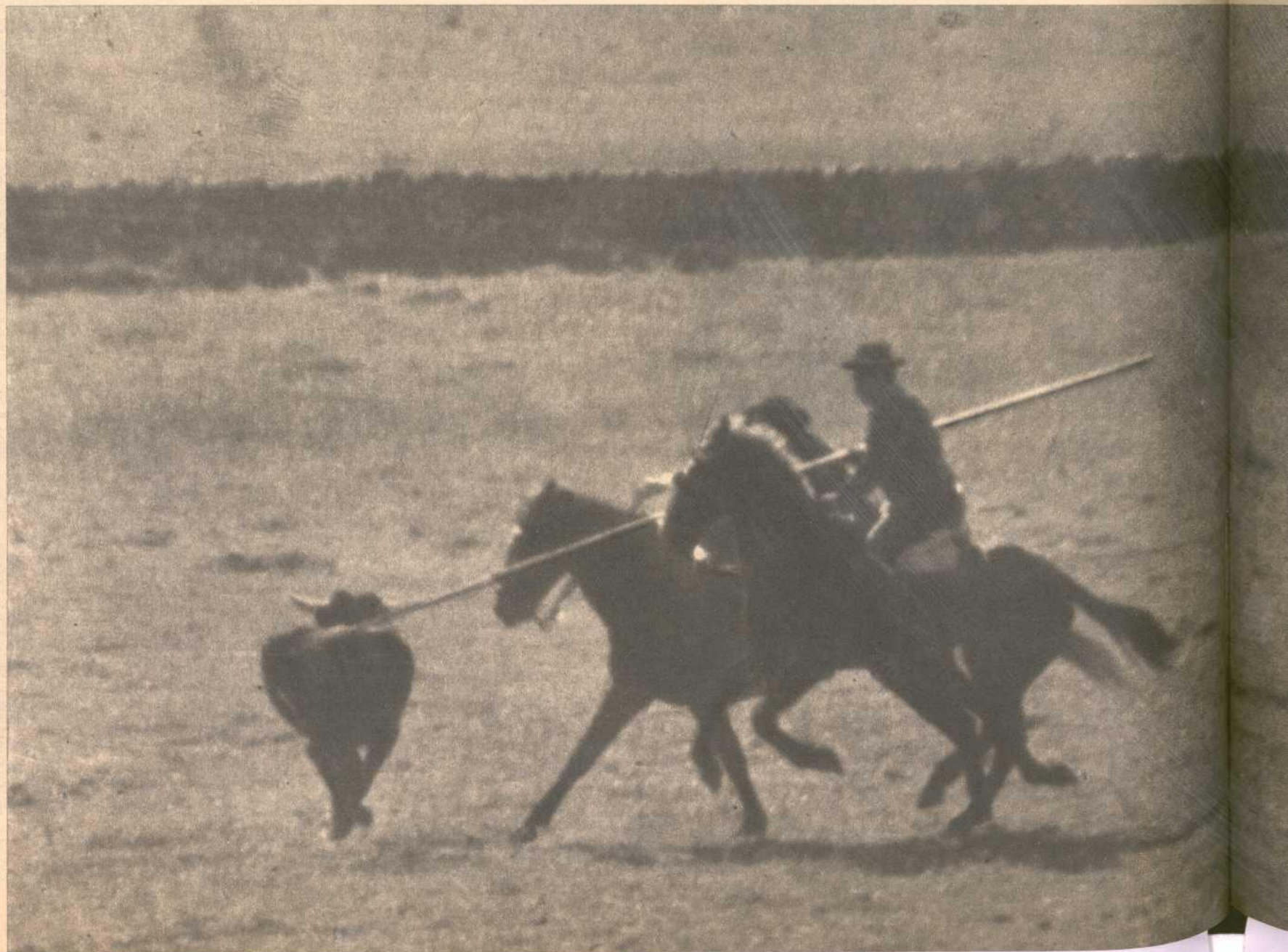


«Muchos son los llamados y pocos los elegidos.»
A la cita marchan el ganadero, su hijo, el mayoral, su nieto y un muchacho que se crió allí, y hoy es un rejoneador consagrado en Extremadura que pretende lograr este año el refrendo nacional. Don Manuel Moreno Pidal como reñan los carteles

DOCE HORAS A CABALLO



Ya está la estrategia sobre el campo.
A la derecha, el piquero, el ganadero, el muchacho de la libreta de los apuntes y un jinete al quite.
A la izquierda avanza la «collera» con el eral.
Al fondo, «la punta» arropada por los mansos



Los quites rivalizan en noble lid y uno tras otro caen los becerros y quedan en suerte ante la vara del tentador



A la hora en que el sol cae, rebrillando fantasmagóricamente las varas, las riendas y los sombreros, los jinetes vuelven al cortijo. Han estado doce horas a caballo

"¡ALTO...! QUE VA A PASAR UN HOMBRE"

EXCELSIOR 21-A

Como en la zarzuela digamos esta frase para exaltar ese íntimo heroísmo, desbordado siempre en verdad torera, que caracteriza a Diego Puerta. Con su sangre selló una competencia de colosos en el ruedo.

El corniveleto era muy incómodo de cabeza, pero ni siquiera vio los pitones. Diego cuando se quedó quieto como una estatua en los lances se-

villanos que le dieron las buenas tardes a «Indiano». Fue mejorando la distancia en cada verónica hasta culminar el paréntesis en tres remates, tres medias verónicas que se desmayaron en la arena. Por chicuelinas quiso dejarnos Diego Puerta el sabor de un arte quintaesenciado.

La faena muleteril la brindó al público. Y de principio a fin, desde los cuatro pases por alto, de rodillas, hasta la entrega suicida en la estocada, fue un solo grito y una sola emoción «in crescendo» lo que elevó este gigante del corazón espartano. Naturales que se sucedían en un pal-

mo de terreno; como remate, un afaolado y el abanico manoleta. Y lo más notable, lo de perdurable recordación: sus rechazos cumbres, entre los que hubo varios de vuelta entera... ¡Así se defiende un sitio de primera figura de la fiesta! Cuando creíamos que el trasteo llegaba a su fin, volvían a surgir en una espiral de olés frenéticos, rechazos y naturales, ayudados por alto y pases de la firma, manoleteras y lasernistas... Quiso rubricar la epopeya con una estocada al volapié. Y se fue tras el alfanje, sin otra idea que

cortar los apéndices de «Indiano». En ese instante se cogió de un pitón y sufrió una dolorosa herida, porque es más grande su hombría que su agustia... Desfalleciente, cojeando, se cayó otro pinchazo antes de hundir una estocada caída. Desmayado bajo la ovación de cuarenta mil almas, fue llevado a la enfermería. Hasta allá le llevó el alguacillo la oreja de «Indiano» que concedió la Autoridad... «¡Alto...! Que va a pasar un hombre: Diego Puerta».

DON MARTIN



PARTE FACULTATIVO DE LA COGIDA A DIEGO PUERTA

«Estado de «shock». Herida por cuerno de toro, como de ocho centímetros de longitud, situada sobre el triángulo de Scarpa del muslo derecho, que presenta una trayectoria hacia arriba y afuera, pasando por dentro del borde interior del músculo sartorio hacia el vasto interno, para descubrir el fémur y continuar hasta el vasto exterior, desgarrándolo.»

«Bajo anestesia Pentothal-Ciclo éter oxígeno, se procedió a ampliar la herida a 25 centímetros para asear el trayecto. Hemostasis y contrabertura en cara exterior del muslo, dejando dos canalizaciones de Penrose. Esta lesión disecó y conturbió la arteria femoral. Reconstrucción por planos anatómicos. De no presentarse complicaciones, tardará en sanar más de quince días.»

Firmaron el parte los médicos cirujanos de Plaza: doctor Javier Ibarra, jefe de servicio; doctor José Campos Licastro, doctor José Cascajares, doctor Tirso Cascajares, jefe del servicio, y Cipriano Borges Cardoso.

NOVEDADES

COGIDA Y TRIUNFO DE DIEGO

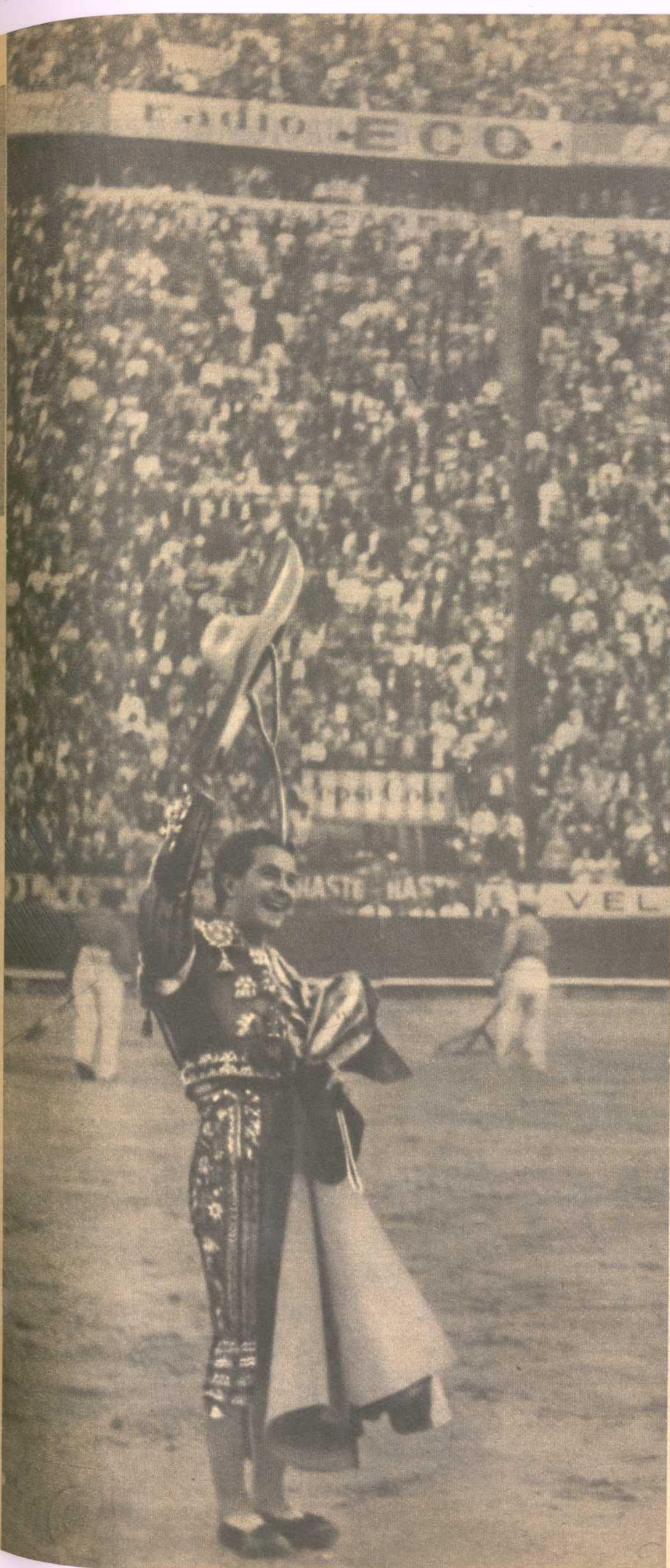
También el valeroso sevillano se las había visto negras con los pastejeños, pues, pese a su reconocido pundonor, nada podía hacer ante ilidiables bicharrajos. Mas como el triunfo de Antonio le picó la cresta, regaló un toro de Mimíahuapan donde superó sus audacias riñonudas, pero, como nota sobresaliente, toreó con una clase que no le habíamos visto jamás.

¡Qué filigranas ha hecho con el capotillo! En comparación con el mechudo que te fascina y que no sabe ni coger el capote, Diego Puerta ha bordado maravillas. Y no te creas que el toro era un bombón. Tenía casta y sentido, pues vapuleó espantosamente a un monosabio y, más tarde, al propio sevillano lo mandó a la enfermería. Y sin embargo, las lentísimas, finísimas chicuelinas que di-

bujó Diego, quedaron allí como un limpio ejemplo de lo que debe ser siempre el bien torear.

El trasteo, fue de espanto. A lo Hitchcock, a lo mago del suspenso. Rabioso a más no poder, pero toreando como se debe torear, rítmicamente, no dando parones a la manera del espantapájaros de Córdoba. Verdaderamente se emborrachó toreando por naturales y haciendo el toreo en redondo con la diestra, en uno de esos faneones de locura. Pero el encastado Indiano, con los pitones intactos, sabía para qué los traía. Y cuando el pequeño gran torero le entró a matar, lo prendió horrorosamente, con la intensa emoción del verdadero toro de lidia. Diego, bajo clamorosa ovación, se fue para la enfermería, pero allá le llevaron las dos orejas de un burlador para el cual se concedió, igualmente, el homenaje de arrastrar lentamente su cadáver.

CARLOS LEON



¡UN GESTO PARA LA HISTORIA!

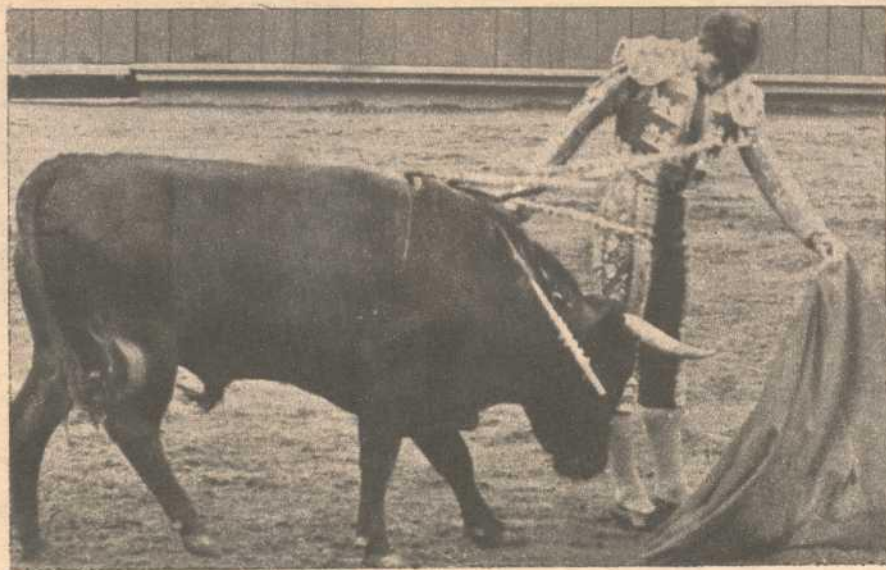
A DIEGO PUERTA

le llevaron a la enfermería
de la Plaza Monumental
de Méjico
las dos orejas
del toro que le hirió.
Y el público solicitaba
unánimemente el rabo...

**DRAMATICA
CORONACION
DE UNA FAENA
DE ANTOLOGIA**

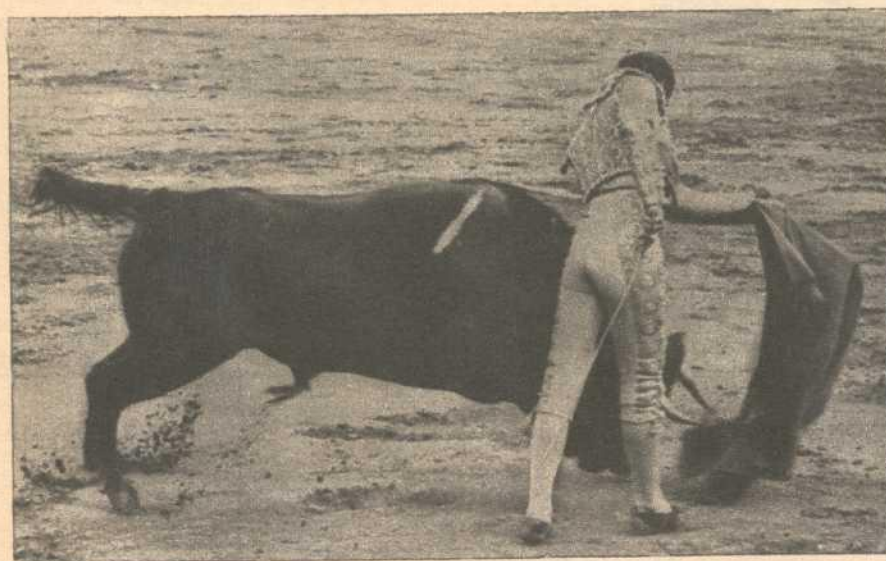
**El toro muere
fulminantemente
y el torero
recibe una cornada.**

**LA GRANDEZA
DE LA FIESTA
NO DECAERA MIENTRAS
EXISTAN TOREROS
DE LA TALLA DE
DIEGO PUERTA**



«El Cordobés», con la muleta en la izquierda, en la serie de naturales — más de treinta y siete, dicen los telegramas— que propinó en la corrida del día 8 en El Toreo de Méjico

Raúl García, un torero olvidado que tuvo un éxito en El Toreo y salió a hombros al mismo tiempo que «El Cordobés», después de torear así



MANUEL BENITEZ:

En El Toreo murió el mito del «anti-toreo»

MEJICO, 8. (De nuestro corresponsal.)—A raíz de uno de los apoteósicos triunfos en Méjico de Manuel Benítez «el Cordobés», decíamos en esta misma revista que el día que se decidiera el «León de Palma del Río» a prescindir del toreo-negocio, para hacer el toreo-historia, los cimientos de cualquier plaza que pisara se resquebrajarían a causa del terremoto que iba a producir

Como ya saben ustedes, el cataclismo surgió, precisamente el sábado día 8 de febrero, en la Plaza de El Toreo.

«El Cordobés» no fue el torero que enloquece a la masa con su toreo espectacular y dramático. El «León de Palma del Río» imprimió a su toreo una belleza plástica desconocida en él por este meridiano y haciendo las suertes de muleta con la pureza más perfecta.

Sabido es que «El Cordobés», con su arrojo, ha hecho olvidar el viejo mito de los terrenos. Pero si pisa donde quiere, si «El Cordobés» pisó los más inverosímiles y estuvo «allí», fue porque su dominio con la muleta obligó a los toros a ir por donde él mandaba y por donde, como dueño y señor de la situación, quiso que pasaran. Mucho me hubiera gustado que los recalcitrantes y muchos de los críticos que aún le consideran portaestandartes del «anti-toreo», hubieran estado en la Plaza de los Cuatro Caminos en esta fecha.

Dentro de ellos, Manuel es un revolucionario que respeta los mandamientos de la Tauromaquia «para templar y mandar». Mandó porque llevó a los toros por donde quiso, a base de «templar» su acometida. Y como mandó y templó, «no tuvo que mover los pies para colear». Por eso se está quieto.

Pero también hemos de decir que «El Cordobés» ha revolucionado el toreo fuera de las plazas. Buena prueba de ello son las giras realizadas en Méjico, cosa desconocida hasta la fecha. Aquí nunca se había toreado a diario ni había habido en los toros pan para todos: toreros, subalternos, empresarios y hasta comerciantes. Otra muestra es la inclusión en esta corrida de Raúl García, un torero postergado, que sobre la arena de El Toreo demostró la injusticia que con él se cometía. Salir de la Plaza a hombros junto al «León de Palma del Río» valoriza su labor.

MAL LOTE A LEAL

Alfredo Leal, sin material, poco pudo hacer. Aparte, necesita levantar ese ánimo para seguir siendo el artifice y «príncipe del toreo».

JUAN DE DIOS

TERCERA CORRIDA EN BOGOTA

GRAN ACTUACION DE BERNADO Manso el encierro de Clarasierra. Tres cuartos de entrada en la Plaza

FEBRERO, 9.—En Bogotá había expectación por la corrida; en realidad los aficionados esperaban más de los pupilos de Clarasierra, que si es cierto fueron mansos en su mayoría, también lo es que hubo uno muy bueno para los de a pie, el primero, y un sexto que sacó avante la divisa y dio margen para que el matador escuchara las palmas. Corrida fue de dos toros, y por aquí dicen que para el buen aficionado casi basta...

El resto lo hicieron los toreros. Digo: obligar a embestir al resto de los cornúpetas o impedir que ellos dieran lo que traían. No está muy claro esto último, ¿verdad?

Joaquín Bernadó volvió y convenció a este público que delirantemente le había aplaudido el pasado septiembre. Haciendo el toreo bueno, de frente, adelantando la mano, obligando y templando la embestida del animal, mereció que el respetable le hiciera dar vuelta en el de abrir, que suelto en sus primeras embestidas, fue recogido por el matador, que hubo de vencer en forma airosa su bronquedad, para consolidarse al compás de la música como uno de los favoritos de la afición capitalina. Su segundo es fogueado y acusa mayor bronquedad. Huye, salta el callejón, y antes de que se extinga es toreado brevemente en forma extraordinaria por Bernadó, que logra sujetarle y «exprimir» lo poco que tiene. Hay al final un saludo de usía, y al rodar el manso, palmas del respetable en premio a una labor voluntariosa y torera que se abona a las cosas buenas que hasta el momento hemos visto. Bernadó repetirá el domingo venidero en la cuarta corrida.

Cuando al salir un toro Paco Camino frunce el ceño, muchas cosas podemos adivinar: una faena breve, aliviada; una bronca de órdago, pases a prudente distancia de los pitones, un toro que pasa a manos del cachetero sin haber sido toreado y una venónica que contrasta con estocada caída y tendenciosa.

Pero hay algo simpático también en este gesto: castigo inicial para el animal. Recortes y muletazos tocando el costado. Pases que acortan la embestida y terminan por hacer ver que el toro no embiste. Y el público lo «ve» y pita al toro y aplaude al torero cuando éste se queja ante los tendidos por malas condiciones del animal. Así, la fiesta es una sonrisa. Un pasatiempo en el que el público no existe...

Vázquez II ha vuelto a la carga. Su primero fue manso, punteó y se venció por el lado izquierdo, pasando todo el rato con la mirada fija en el palco presidencial. Como cuatro de los anteriores, huye del castigo y se descompone en la parte final. El segundo es alegre, mete la cabeza y lleva las manos donde deben ir: sin tratar de quitar con ellas la montera del matador. Recibe un buen puyazo y con él el mayor castigo de la tarde. Pero falta aún otro, no es castigado con la muleta, y crece y crece y crece.

La primera faena, a media altura, es premiada con música por su sobriedad, ligazón y temple. La segunda pone de pie a la afición cuando el torero se exige a sí mismo, se la juega de verdad y logra igualar la altura de su enemigo en alarde de valor. El animal se va arriba y el torero escucha palmas calurosas ante su voluntariosa actuación, en la que hay muletazos de gran mérito. Pero sucede, a fin de cuentas, lo mismo que en los cinco toros anteriores: no hay muerte rápida, y todo queda en palmas.

GERMAN CASTRO CAYCEDO

Un cambio por la espalda de Joaquín Bernadó en la corrida del pasado domingo en Bogotá



Don José María Jardón abraza a «Choperas» en el Aeropuerto de Barajas. La cordialidad reina entre los empresarios españoles como puede apreciarse claramente por la fotografía



BARCELONA VA A INICIAR SU TEMPORADA

El próximo día 23 de febrero se inicia la temporada taurina en la Ciudad Condal. Fiel a la tradición, lo primero que saldrá por los toriles es una novillada de Pablo Romero. La terna, según nuestras noticias, será Agapito García (que tomará la alternativa en la feria de San Isidro, de Madrid), Juan Calleja y José González «Copano».

Sin embargo, se trata de un aperitivo. El plato fuerte se anuncia para el 1 de marzo, en el que se ventilará la pugna, esbozada el año pasado, entre «Zurito» y Fuentes, completándose la terna con Joaquín Camino, hermano de Paco. Y luego está anunciada otra novillada, también con una «competencia» nacida en la temporada pasada. El gitano Amador y Paco Moreno. Y a partir de ahí pongan ustedes los otros ases de la baraja novilleril: «El Pireo», Terrón (un torero de Huelva, de un valor espartano, que ya debutó en la Ciudad Condal el año pasado, dejando buen recuerdo).

HOMENAJE A UNA GANADERIA

No suelen ser pródigas las temporadas barcelonesas en novilladas: en los carteles predominan las corridas de toros. Se iniciarán éstas, también dentro de lo tradicional, el 29 de marzo, Domingo de Resurrección, y con el siguiente cartel: Murillo, Diego Puerta y «El Viti».

Y ya empezamos el «serial»: el lunes de Pascua habrá homenaje a una divisa: la de don Alipio Pérez T. Sanchón, que celebrará el cincuentenario de su ganadería (se lidiaron por primera vez sus toros en la Ciudad Condal el 19 de marzo de 1914). Don Alipio ha prometido seleccionar el encierro para el acontecimiento. Y se presentará ante sus paisanos el diestro catalán Bernadó después de sus triunfos americanos.

Jaime Ostos reaparecerá en los ruedos españoles en Barcelona, y será el 12 de abril. Tiene contratadas aquí dos corridas.

HABRA «MIURADA» EN BARCELONA

También es tradicional en Barcelona una corrida de Miura; pese a las dificultades que presenta conseguir toros de esa divisa, tendremos «miurada» en el coso barcelonés. Y, como siempre, no estarán entonces en los ruedos los ases.

PLAZA TOROS DE VALENCIA

Empresa MIRANDA DAVALOS JIMENEZ BLANCO

FAMOSAS CORRIDAS FALLERAS

CUATRO GRANDIOSAS CORRIDAS DE TOROS Y DOS MAGNIFICAS NOVILLADAS DE ABONO

Domingo 15
6 novillos de don Arturo Pérez López de Tejada, de Sevilla, para
GABRIEL DE LA HABA
«ZURITO»
MIGUEL OROPESA
ANTONIO SANCHEZ FUENTES

Martes 17
6 toros de don Antonio Pérez Angoso, para
CURRO GIRON
«EL VITI»
«EL CORDOBES»

Jueves 19
6 toros del excelentísimo señor duque de Pinohermoso, para
«PEDRES»
ARMANDO CONDE
«EL CORDOBES»

Lunes 16
6 toros del excelentísimo señor conde de la Corte, para
MIGUEL BAEZ «LITRI»
PEDRO MARTINEZ «PEDRES»
CURRO GIRON

Miércoles 18
6 toros de «Barcial», para
MIGUEL BAEZ «LITRI»
«EL VITI»
MANOLO HERRERO (que tomará la alternativa)

Domingo 22
6 novillos de don Antonio Marín Marcos, de Madrid, para
MANUEL AMADOR
JOSE MARIA MEMBRIVES
JOAQUIN CAMINO

Las corridas de los días 15, 16, 17, 19 y 22 empezarán a las cuatro y media de la tarde, y la del 18, a las cuatro
PARA MAS DETALLES, VEASE PROGRAMA DE MANO

«EL LITRI» Y BARCELONA

Cierto querido revistero, haciéndose eco de un información publicada por la agencia Cifra, al adquirir nuevos compromisos con determinados poderdantes, señaló la posibilidad de que Miguel Báez «Litri» no toreará en Barcelona. Ahora se anuncia que los temores eran infundados: el legendario «Litri» (al que Barcelona, junto con el diestro Aparicio, prestó su apoyo en la etapa de la pareja novilleril) se vestirá de luces en la Monumental. Y con él, «El Cordobés», «Pedrés», Paco Camino, etc.

R. MANZANO

EL FESTIVAL PRO MONUMENTO A JOSELITO

El domingo se celebrará el festival pro monumento a «Gallito». El festival tiene dos atractivos: la actuación del ex matador de toros Rafael Ortega «Gallito», sobrino del inolvidable Joselito; también Manolo Escudero hará el pase para lucir su inimitable estilo de capotista. Junto a los dos artifices del toreo actuarán Victoriano de la Serna (hijo), al que hay muchas ganas de volver a ver, pues también sabe torrear con estilo personalísimo, y los valientes matadores de toros Dámaso Gómez, Antonio de Jesús y Pepe Osuna.

CONFERENCIA EN «LOS DE JOSE Y JUAN»

En el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial habla el doctor Jiménez Guinea. Presenta el conde de Colomé. Don Luis es acogido con una fuerte ovación en el momento de ocupar la tribuna de desagravio, de no sabemos qué injusticias, no suficientemente aclaradas a la prensa ni por parte de la Asociación de Auxilios Mutuos de Toreros ni por el propio doctor, al que EL RUEDO brindó sus páginas para que declarara cuanto gustara, cosa a la que don Luis no accedió, probablemente por elegancia.

La disertación, que duró una hora, fue una lección de dominio del tema. Explicó las diversas circunstancias que agravan o disminuyen la importancia de las heridas de los toreros, desde la posición del herido en el momento de la cogida hasta la forma de los pitones. Concluyó diciendo que el médico de los toreros lucha con la salvación de una doble personalidad: la humana y la del artista.

MEJICO

EL MARATON DE «EL CORDOBES»

MEJICO, 16.—La pasada semana ha sido de gran intensidad taurina y se han celebrado corridas casi todos los días.

En Jalostotitlán, con toros de Franco, actuaron Luis Briones, oreja; Benjamín López, dos orejas; «El Trianero», dos vueltas, y «El Pinto», que cumplió.

En Autlán de la Grana siguió la racha de «El Cordobés», que salió a hombros, alternando con Andrés Blando y Gabriel España. El día 13 actuó en Orizaba y cortó dos orejas alternando con Capetillo y Joselito Huerta, que se hicieron aplaudir.

El día 14 hubo toros en El Toreo, donde «Rovira», Jorge Aguilar y «El Caracol» cumplieron.

La racha de Manuel Benítez siguió el 13 en Tamaulipas, don-



La Empresa de Madrid —representada en esta ocasión por don Livinio Stuck—, sigue repartiendo abrazos en el aeropuerto. Unos vienen y otros van. El que hoy se marcha a Méjico es don José Flores Cubero «Camará», hijo

ruedo y saludos. Con el último logró unas series de muletazos impecables. Dos pinchazos y estocada. Gran ovación.

Telegramas

de fue cogido sin consecuencias, y oyó aplausos, que también oyeron Luis Procuna y Gabriel España. El día 14 toreó en Reinoso mano a mano con Gabriel España, sin que hubiera trofeos. Y el día 15, en Monterrey, Manuel Benítez cortó las dos orejas de un toro alternando con Raúl García y Jaime Rangel, que triunfaron.

También hubo corrida en Houtitla, donde «El Callao» cumplió y el novillero Tacho Campos cortó orejas.

DIEGO PUERTA, HERIDO Y TRIUNFADOR

MEJICO, 16.—Segunda de la temporada en la Plaza México. Seis toros de Pastejé y uno de Piedras Negras para rejoneo.

Antonio del Olivar, pinchazo y estocada a su primero, al que nada le pudo hacer. Aplausos. El cuarto salió peor que el primero y lo despachó con un buen pinchazo. Al de regalo, de Santa Marta, le hizo una gran faena y lo mató de una excelente estocada. Dos orejas y dos vueltas al ruedo.

Diego Puerta tuvo mala suerte con su lote. En el segundo, verónicas ceñidísimas, que le valieron ovaciones; estocada y dos desabelllos. Aplausos. En el quinto demostró su dominio. Al entrar a matar fue alcanzado, siendo trasladado a la enfermería entre ovaciones. Se le concedió una oreja y el público exigió dos, que le fueron llevadas a la enfermería.

Abel Flores derrochó valor y voluntad ante sus adversarios, muy difíciles y quedados. Estocada y aplausos en el tercero y dos pinchazos y media para el sexto, siendo despedido también con aplausos.

Alvaro Domecq hizo alarde de gran caballista y puso buenos rejones. Gran ovación, petición de oreja y dos vueltas al ruedo.

El parte facultativo de Diego Puerta dice: «Herida en el tercio medio del muslo derecho. Cornada grande, con dos trayectorias, una hasta el hueso y otra que atraviesa el muslo, contundiéndolo la arteria femoral. De no presentarse complicaciones, tardará en curar veinte días.»

EXITO DE «EL CORDOBES»

TIJUANA, 16.—Toros de Santacilla, regulares.

Alfredo Leal despachó a sus dos toros, siendo ovacionado.

Jaime Bravo cumplió en el segundo, haciendo una faena variada en el quinto, al que despachó con tres pinchazos y estocada. Ovación y saludos.

Manuel Benítez «el Cordobés» fue ovacionado en una serie de verónicas, así como en un quite por ceñidísimas gaoneras. Grandiosa faena, mandando mucho, entre aclamaciones. Gran faena de muleta. Mató de una estocada. Ovación, orejas, insistente petición de rabo, varias vueltas al

COLOMBIA

CORRIDA FATIDICA

MEDELLIN, 15.—Toros de Mondofredo para «Joselillo de Colombia», «El Viti» y «Palmeño».

«Joselillo de Colombia», bronca y un aviso en el primero; intentó no matar su segundo; fue una tarde aciaga de torero acabado.

«El Viti» cumplió, sin excederse, en sus dos enemigos.

«Palmeño» cortó la oreja del tercero y escuchó los tres avisos en el sexto, yendo el animal vivo a los corrales.

TRIUNFAN «EL VITI» Y «PALMEÑO»

BOGOTA, 16.—Seis toros de herederos de doña María Montalvo, nobles y bravos.

Joaquín Bernadó, petición y dos vueltas; en el cuarto, ovación y doble paseo a la redonda.

«El Viti», gran faena al primero. Gran volapié. Oreja y petición de otra. Tres vueltas. En el quinto, ovación y vuelta.

«Palmeño», que sustituyó a Paco Camino, ovación y petición de oreja en el primero. Extraordinaria faena al sexto, no rematada con la espada.

LAS CORRIDAS FALLERAS

Como vibrante clarín de la temporada llega el anuncio de las corridas falleras. Unos festejos que, por su importancia y categoría, son el pírrico triunfal de la temporada.

Las famosas corridas falleras cobran este año especial relieve al ofrecer en sus carteles los nombres de los más renombrados espadas: «LITRI», «PEDRES», CURRO GIRON, «EL VITI», «EL CORDOBES», ARMANDO CONDE y las grandes figuras novilleriles: MANOLO HERRERO, MANUEL AMADOR, JOSE MARIA MEMBRIVES y JOAQUIN CAMINO, y las más prestigiosas vacadas como son las del excelentísimo señor conde de la Corte, don Antonio Pérez-Angoso, «Barcial», excelentísimo señor duque de Pinohermoso, don Arturo Pérez-López de Tejada y don Eugenio Marín Marcos.

Carteles los falleros interesantes. Carteles en los que la competencia que se advina darán a la afición materia más que sobrada para el apasionamiento.



7 CONFERENCIAS, 7

2. VICENTE ZABALA y el toreo nuestro de cada día



La Universidad ha abierto sus puertas a la Fiesta de los toros. Se viven los problemas del espectáculo como hace diez años se vivían los del fútbol. «El Viti» ha sustituido a Zarra. ¡Que sea en buena hora!

Dos presidentes de Peñas jóvenes. Ambos universitarios: Juan Manuel Albendea, presidente de Los de Hoy, y Hernán Vela, presidente de la Peña Taurina del Colegio Mayor Guadalupe. Diserta otro joven, nuestro compañero Vicente Zabala



También los veteranos acuden a escuchar a los jóvenes. Abarrotan los locales y comprenden aquello de «hay que suprimir los antagonismos entre viejos y jóvenes». Se hace imprescindible marchar juntos con mutuo respeto

Y la mujer en los toros... y en las conferencias. Probablemente mamá era de las que iban a la plaza con mantilla. También se interesan en esta época por algo tan nuestro

EN la crónica que abría la semana pasada esta serie de comentarios al ciclo de conferencias juveniles insertaba, a modo de introito jovial, un refrán de nuestro tiempo. No es que me guste mucho meter la mano en las alforjas del refranero, pero es tan tentador y soy tan castellano que el refrán salta de su almacén cerebral y se me cuela en la cuartilla.

Fui alegre a la conferencia de Vicente Zabala (suprimo el don porque es un amigo); había comido opíparamente, en agradable compañía; bebido una botella de rico tinto y recibido carta de mi novia. El salón estaba hasta la bandera y (aquí el refrán) pensé que «donde va Vicente...» Y más cierto no podía ser. Todos inmersos en una luz rosa e indirecta, que daba al local aspecto de club nocturno; y algo de verdad había en esto, ya que este rincón de la plaza de Santa Ana sirve a diario para que parejas de



novios intercambien miradas de amor. Por cierto, que pude darme cuenta de cómo una de estas parejas, ajena a lo que allí se iba a celebrar, se quedó sentada en dos sillas azules, no sé si captada por la dialéctica de Vicente o atrapada por la barrera humana que los separaba de la puerta.

Lógicamente, hubo abrazos y saludos, como siempre, pero más prolongados, porque el conferenciante llegó un poquitín retrasado, tal vez por culpa del taxi o del nerviosismo, o del retoque de su flamante traje gris perla, o porque no podía entrar de tan lleno que el salón estaba.

Dejé mi asiento a una chica monísima y a pie me dispuse a escuchar. Abrió el portón de los sustos el presidente de la Peña «Los de Hoy», don Juan Manuel Albendea, para explicarnos a todos la trayectoria ascendente que Zabala ha surcado en la profesión periodística; palabras que Vicente se apresuró a desmentir, afirmando que no era tan niño prodigio.

Tomó los folios en la mano izquierda y comenzó a leer con pausada voz y firme acento, con escuela penmaniana, arrancando al micrófono timbres de diáfana claridad. «No vengo a pontificar», dijo, «Seré breve», anunció. Y lo cumplió, y fue bueno; y aquí apliquen el refrán.

Fundamentó su tesis en el sacrificio. Del aficionado y del periodista taurino. Y colocó el dedo en las tres o cuatro llagas visibles de la Fiesta. Una, el toro; otra, la afición; el torero, la tercera, y la cuarta, la crítica taurina.

Del toro dijo cosas como éstas: Que el toro actual da el peso reglamentario, que está íntegro de puntas, que tiene peligro, pero no lo manifiesta. Puede dar cornadas, pero no lo aparenta. Y, fundamentalmente, que no tiene casta. Embiste, pero con suavona memez; se deja pisar el terreno cándidamente. Le falta casta, sangre, temperamento. En una palabra: que hace posible que «muchachos ayunos de posibilidades toreras lleguen a la cumbre en aras de su tozudez y machacona voluntad al pisar un terreno que el toro de verdad jamás le hubiera dejado pisar».

Poco después de esto se cruzó al pitón contrario y habló de la época posterior a José y Juan (por cierto, sin monumento), comparándola, a través de fotografías, con la actual, en el campo de la estética, ya que este campo es el que más se abona en la actualidad. Parece ser que esto de que ahora hay este-



El tema tiene interés. Se está planteando el eterno problema de viejos y jóvenes. Algunos de ellos se muerden las uñas. Los toros han vuelto a apasionar. Ya no cabe la menor duda

tica es un cuento, y que lo que si sobran son valientes. Total, que para ver artistas hay que fijarse en los antiguos, en los toreros de escuela, a los que rechazan los defensores de la nueva ola..., representada en «El Cordobés».

Ya en este terreno, se explayó y dijo cosas descomunales: exactamente, lo que pensaban todos los asistentes, y hago esta afirmación no por gratuidad, sino por el eco que despertó, expresado en explosivo interrupción de aplausos cuando Vicente habló de Di Stéfano.

¿Extraño? No, no señor. Del fenómeno dijo que gana más que nadie porque juega mejor al fútbol que los demás. ¿Qué pensaríamos si oyéramos decir que Fulanito no sabe jugar, pero que hay que ver cómo se ríe, y que además cobra más que nadie? (Aquí la ovación.)

Vicente Zabala nos señaló a todos con el dedo de su intención y nos acusó de culpables. A los jóvenes y a los viejos, a los turistas y a los indígenas, culpables de que el caso de Di Stéfano no se aplicase en los toros. Culpables con premeditación y alevosía (y no dijo nocturnidad porque las corridas se hacen por la tarde), de que la Fiesta vaya por este derrotero exacerbado, desgraciado y además apelativos que no recuerdo ahora, ya que escribo sin diccionario de sinónimos.

La Fiesta, según Zabala, ha llevado un proceso metódico de degeneración en virtud de «cosas» que se le ha ido quitando como el que desapareja un caballo, según yo creo.

Habló después de la función del periodista en la crítica taurina, dando una sentida pasada en citas de su maestro en el periodismo, mezclando palabras como abnegación, sacrificio, sacerdocio responsabilidad, etc., en contrapunto a la práctica que muchos hacen, confundiendo la crítica con la publicidad.

Terminó la conferencia con una llamada a la afición, que todo lo puede, en su división senil y juvenil, para dejarse llevar por una sana evolución, que no revolución, hacia un futuro lleno de ilusiones y de esperanza. Este lírico final fue refrendado con unánimes aplausos.

Después vino la lucha hasta conseguir llegar a Zabala para felicitarle; en la confusión perdí la pista de la guapa chica a la que dejé el asiento, y esto es algo que no perdonaré a mi amigo el conferenciante. Así, que marché a casa a dormir. Yo suelo, de vez en cuando, cenar mis siestas en alguna conferencia; pero confieso que Zabala no me dejó. Fue interesante, a pesar de la chica mona, y no lo digo porque sea mi amigo, ya que él sabe que no estoy de acuerdo en muchas otras cosas en general. Pero la conferencia, esta conferencia, es una de las que se deben prodigar por dos causas: por ser de un joven y por estar muy cerca de la verdad.

FERNANDO GILES

P. D.—No se olviden; el próximo martes: Colegio Mayor «Guadalupe», avenida de Séneca («el cordobés»), 9. Y, por favor, no tengan miedo a la Ciudad Universitaria.

CIUDAD RODRIGO

EL "DESCARNIVAL" DEL TORO

RECUERDO una anécdota de Marcial Lalanda ocurrida en Pamplona. Se encontraba el diestro, al que se le «veía que era madrileño», presenciando un encierro cuando uno de los toros cayó al suelo (entonces también se caían) y un pamplonica, pañuelo rojo, boina y zapatillas, sentándose en el animal, echaba un largo trago de su bota. Marcial comentó: «¿Qué tendré que hacer yo esta tarde en la Plaza para que ese h... me aplauda!»

Supongo que «el más grande» asistiría alguna vez a los carnavales de Ciudad Rodrigo y supongo también que su admiración hacia la valentía popular se despertaría en este rincón torero de las tierras salmantinas, aunque no quede una frase que haga historia.

Yo, sin ser torero ni soñando, confieso que los cuatro días que he vivido en Ciudad Rodrigo por carnestolendas han sido de los más repletos de emociones de mi vida, y si ustedes quieren se los voy a contar.

ANCHA ES CASTILLA

Viajamos por la trágica estepa castellana, describiendo una curva camino de Ciudad Rodrigo, con dos breves altos: uno en Avila para tomar unos vasos del vino macho de Cebreros, acompañados de lomo rajado a centímetros, y otro en Salamanca, cruzando y recruzando el Tormes del Lazarillo, para llenar de ánimos bencinales el Mercedes de Luis Segura. Matábamos el tiempo con un trasplante de flamenco hecho fandango que, saliendo de nuestras gargantas, chocaba con extraño sonido en los troncos de las encinas del paisaje. A medida que los kilómetros se iban haciendo más salmantinos el fla-

El encierro. Dos kilómetros de sustos, galopes y carreras. Los caballistas son la nota que convierte el espectáculo en trasplante campero



FOTO: PRIETO



La pequeña plaza de la dehesa de San Fernando tiene forma de panel. A ella acuden enjambrados de maletas con la esperanza de mirar cara a cara a una novilla



La Peña del UMO. Su fin es divertirse y divertír, pero con reglas estrictas: Beber sólo vino, comer sólo platos de la tierra, contar sólo charradas. Si alguno se equivoca paga la multa, que oscila entre un cántaro de vino y un borrego asado. Y sus componentes suben y bajan hasta colocarse a nivel en la escala social, desde el barbero al marqués y viceversa

menco se apagaba y las encinas nos devolvían un ritmo ancestral, que adquirió la forma sarcástica y picaresca del campo charro, con matiz de ardilla cascanueces y recuerdos de los forros de la sotana del arcipreste. Y a cada paso encontrábamos un «lázar» de nueva ola con su hato rojo en las espaldas, el pelo sobre la frente y botas de baloncesto que, levantando el pulgar, nos pedía unos kilómetros sobre ruedas. Uno a uno, y hasta dos a dos, el coche de Luis Segura fue parando hasta poner el completo, y había que ver el «Mercedes» del torero repleto de maletillas, recordándole tal vez al maestro otros tiempos de su propia historia.

Paramos unos momentos en la dehesa de San Fernando para ver los recortes de una tiente-concurso organizada por la Peña El Bolsín, de Ciudad Rodrigo, entre los maletillas de toda España, a fin de proporcionar al triunfador la suerte de matar un novillo el lunes de carnaval.

Comimos con don Alipio Martín en la Venta del Cruce, muy cerca ya de Ciudad Rodrigo, y a la mesa se sentaban cuatro toreros (Luis Segura, su hermano Pepe Segura, Antonio de Jesús y Miguel de los Reyes). Carlos de Rojas, hijo del conde de Montarco; el cantante italiano Enrico Carbone, Vicente Zabala, Navarón y otros amigos del Bolsín, a más de dos maletas invitados también por don Alipio y un viejo vagabundo.

Huevos fritos con lomo y farinato fue la pitanza, y les juro a ustedes que tres horas después, en Ciu-

dad Rodrigo, continuaba en mi memoria el calor del fuego de encinas, del vino, del farinato y de la humanidad de aquellos hombres, famosos unos y anónimos otros, codo a codo en una mesa de madera de la Venta del Cruce.

VISPERA DE CARNAVAL

Ciudad Rodrigo es quizá el pueblo más ganadero de Salamanca. El toro está en el ambiente, se intuye, casi se huele; yo diría que el campo de Ciudad Rodrigo es un gigantesco toro lleno de toros, y el pueblo o capital (que las dos cosas es por su plaza y por su gente, por su nombre y su razón, por su ganado y por su obispo) es una especie de caleidoscopio taurino que gira en carnaval en un continuo cubrir y descubrir caras y caretas en torno a una idea de subconsciente taurólatra.

El bar del Bolsín es casi sólido. En el techo suenan rítmicas pisadas de baile, y en las mesas de mármol, una fantasía de vasos, manos y botellas entre el rumor de mil voces que se diluyen en el humo del ambiente. Quietos o pululeando, más de veinte maletillas disfrazados de «Cordobés» parecen esperar algo. Le pregunto a uno de ellos: «¿Por qué te vistes y pelnas así?» Contesta: «Va a llegar ahora "El Pipo" y así tal vez se fije en mí.» Efectivamente, «El Pipo» llega acompañado de su hijo y José Fuentes, y el apoderado no se fija en ninguno de los maletillas. Mejor dicho, se fija en todos y reparte calendarios entre ellos con propaganda impresa de su torero, que él dirige.

Salgo a la calle a respirar aire puro y voy con Carlos Montarco a su palacio, donde pasaré estos cuatro días de carnaval.

El pueblo hierve. Quien haya vivido un invierno en el campo, en un pueblo del campo, en una ciudad del campo, puede comprender lo que significan unos días de fiesta. Esta noche, víspera de carnaval en Ciudad Rodrigo, parece ser como un gigantesco globo azul y rojo que se ha venido hinchando durante todo el año y está a punto de estallar. Y, como sucede con los globos, imposible de calcular el momento justo del estallido; la noche salta en mil pedazos y todo se inunda de gritos, de vino, de charradas, de confetis y sombreros de cartón... de carnaval. Y la paradoja es que las caretas que ocultan todo el año las verdades de cada rostro se destapan y todo se justifica. Uno se emborracha porque es carnaval, baila porque es carnaval, habla de tú porque es carnaval, besa a una chica porque es carnaval; en fin, Ciudad Rodrigo, por carnaval, es un planetario abierto entre dos tedios, donde todo está bien. Y sin caretas.

Aquella noche me acosté a las seis de la madrugada con la impresión de haberme bebido todo el vino de la comarca, comido todos los cabritos del país y sabiéndome de memoria lo más escogido del cancionero charro. Y todo por obra y gracia de lo mejor que en Ciudad Rodrigo existe para pasarlo bien: la Peña el Umo (unión de matrimonios oprimidos), casi todos solteros y todos con algo elemental y sencillo: diversión es el más exacto sentido de la palabra.

EL FESTIVAL

Dije que me acosté a las seis. Me levanté a las diez. No sé cómo, pero lo hice; lo que sí sé es que tenía la boca seca y la cabeza pesada, pero un par de aspirinas y un trago de aguardiente me dejaron nuevo y listo para empezar. La mañana fue un paseo por el campo en compañía de Carlos Montarco y Navalón. Por la tarde, con Luis Segura, me situé en la arena de la Plaza para presenciar el festival, en el que actuaban Antonio de Jesús, Andrés Vázquez, Manolo Amaya, «Luguillano» y José Fuentes. No voy a dar una crónica de la novillada, porque esto pertenece a otra página de la Revista; sólo daré dos o tres pinceladas al margen, según los taurinos, de ella, y, según yo, tanto o más importantes que la relación técnica de pases, orejas y demás.

La Plaza de toros de Ciudad Rodrigo es la plaza principal; se viste de gradas y burladeros hasta media altura de las casas, adquiriendo la imagen de una estampa goyesca. La afición aquí es algo especial; no gusta de trajes de luces: gusta sentirse dentro de la arena, vivir de cerca el rito del toreo, sentirse parte del drama. Tal vez por eso, cuando el toro cae herido de muerte, es rodeado de numerosa gente, que sigue de cerca su agonía; mas no disfrutando, sino sintiéndose morir un poco también.

En el festival hubo dos o tres cosas interesantes a mi retina. El susto que me dio Luis Segura al avisarme en los medios casi, y en un momento de distracción, le que el toro venía cuando en realidad estaba lejos. Un par de banderillas de Luis, magnífico, y confieso que fue la primera vez que se lo vi hacer. Y tercero, el episodio de los espontáneos.

Resulta que de los cientos de maletillas que en la Plaza había sólo se lanzaron al ruedo dos. Al mismo tiempo y en el toro de José Fuentes, cosa lógica si recordamos los sistemas publicitarios de su apoderado. Uno de los espontáneos logró escapar; el otro fue aprehendido por los municipales y, cuando venían con él por medio de la Plaza, llegó corriendo el diestro de Linares y dio al maleta (disfrazado, como todos, de «Cordobés») una patada en un punto delicado de su organismo.

No pasó nada. Sólo que después de múltiples intentos de descabello y otros tantos con la puntilla, Fuentes clavó ésta con gesto de rabia en el animal muerto. Yo pienso que esto de los toros no es broma ni debe ser fisgón de mal estilo. Creo, como García Lorca, Picasso y a pesar de los taurinos, que es un rito sagrado y, como tal, limpio de polvo y paja, que más que estas dos cosas, a la vista, hace daño la suciedad.

ENCIERROS Y DESENCIERROS

Volví a acostarme tarde, pero esta vez no recuerdo la hora exacta. Me despertó el sonar insistente, casi acuciante, de la campana que anunciaba el encierro. Tiene éste una distancia de más de dos kilómetros, atraviesa la carretera París-Lisboa y desemboca en la plaza. Los toros corren, los caballistas, portando picas y gorra de visera, corren; los mozos, las chicas, y yo corri, porque quiero enterarme de las cosas. A las gentes del pueblo les gusta espantar a los toros e incluso hacerles romper las barreras de madera que limitan el camino. Y, para mi pasmo, vi cómo uno de los toros era llevado a brazo partido por una verdadera multitud. Luego estos toros se sueltan en la Plaza, uno a uno, para la prueba, o sea una capea, en la que actúan arriba de cien maletillas, a más de los mozos del lugar.

Terminada ésta se realiza el desencierro, que es un encierro al revés, para, por la tarde, volver a otro encierro, otra capea y otro desencierro. Y así todos los días, con la variante que antes de las capeas actuaron el domingo dos novilleros, el lunes, el vencedor del concurso para maletillas organizado por la Peña el Bolsín, y el martes, Conrado, un maletilla ya famoso por aquellos lugares.

De todo esto que vengo hablando se desprende la prueba de lo que dije antes: que a la gente de Ciudad Rodrigo les gusta vivir el toreo. Y les aseguro que es verdad. Es impresionante meterse en la arena de la plaza rodeado de maletas con sus capas harapientas; de mozos de la ciudad, algunos disfrazados de la manera más original, y oír el clarín y abrirse la puerta y aparecer un tío, un barbas, de seis o siete años, que algunas veces es semental, con cuernos descomunales, y que corriendo y resoplando atraviesa el ruedo entre una multitud de flámulas rojas y todos tratando de llamar su atención, disputándose el muletazo, plantándose de rodillas ante el toro, luchando con los trapos y dejándose jirones de ropa, de piel y hasta de carne en las astas del animal. Porque el toro embiste, cabecea, persigue, se vuelve y se revuelve, barre paredes y burladeros repletos de hombres y es difícil distinguir un matiz distinto entre la mirada fiera del toro y la de los maletas en la búsqueda de un pase.

Luego salen los cabestros, pero es igual; éstos también tienen cuernos, y la pelea continúa. Y le da a uno miedo de veras el sentirse protagonista, de verse metido en aquella masa, carne de toro, que se agita, se dilata, se contrae, se desparrama o se desgarran al compás del ritmo que marcan dos cuernos codiciosos. Yo lo vi cerca, tanto que sentí el viento producido por los pitones en un vaivén siniestro, y casi caí de cabeza en una barrera, afortunadamente entre dos chicas.

En los tendidos a reventar, la gente grita y sigue con el alma la pirueta del animal, convertido por unos momentos en minotauro, y desde lo más profundo de su subconsciente surge y se materializa un sentimiento ancestral que vibra con la trayectoria de muñeco de trapo que de vez en cuando recorre el cuerpo de un hombre a impulso de los cuernos. Pero la gente no ve nada. Busca con mirada codiciosa la tragedia que nunca encuentra; sólo ve un jirón en la ropa, una chaqueta o un pantalón rasgado, limpio de sangre. Mas la tragedia se produce; es después, cuando se bebe y se baila, cuando la noticia llega sin careta de carnaval: hay uno, dos, tres, los que sea, heridos graves. Uno tiene la femoral al aire; otro, una cornada en el pecho. Aquel que fue alcanzado el lunes, ha muerto hoy.

LA TRAGEDIA

Hablé con él por la noche. Le invité a unos vasos de vino y charlamos de toros. Me contó que le gustaba el toreo puro, conocía las suertes y venía desde muy lejos con la ilusión de dar unos capotazos, de verse con un toro de carne y hueso a dos palmos de su cuerpo.

Volví a verlo en la plaza la tarde del lunes; era una más entre las mil muletas que buscaban al toro, y vi cómo era izado por los cuernos de un animal impresionante y cómo el quite de estas mil muletas llegaba tarde.

Murió de madrugada, cuando yo me divertía, porque era carnaval. Al día siguiente todos los maletillas llevaban un brazalete negro y ninguno saltó a la plaza. En el centro del ruedo colocaron un capote, y la gente de Ciudad Rodrigo lo llenó de monedas; recorrieron las calles, las casas, los clubs, el casino, con sus muletas extendidas, y se fueron llenando de dinero. Cuarenta mil pesetas entregaron a la familia del muerto, traída desde Murcia por el Ayuntamiento. El cuerpo se llevó a su tierra, pero antes dio una vuelta a la plaza, se resó en el lugar donde fue cogido. Tal vez alguna soñara con otras vueltas muy distintas, entre el clamor de los aplausos. Pero fue de esta forma: en silencio. Era un maletilla; podía ser cualquiera de los cien que por allí estaban, pero hablé con él y murió cuando me divertía; por eso sé que se llamaba Julio Cánovas Tirres y era de Alcantarilla (Murcia).

DONDE EL CÍRCULO TERMINA

El globo ha estallado y sus últimos ecos se perdieron en la raya de Portugal. Ciudad Rodrigo está desierto; sólo cruza las calles algún que otro retrasado, que representa el más fiel retrato del cansancio. En la plaza suenan golpes de martillo, y en un abrir y cerrar de ojos queda limpia de maderas. Todo vuelve a ser normal; por la última esquina asoma la monotonía, y el año se abre de nuevo para llegar a ese límite invisible donde deja de recordarse el carnaval pasado para empezar a hablar del que ha de venir.

El campo, un toro lleno de toros, presente la primavera.

(Fotos del autor.)

FERNANDO GILES



Arriba: Un toro-toro, muchos años, muchos kilos y muchos cuernos. Los maletas luchan entre sí buscando el pase, y el mozo, disfrazado de pierrot, brega a burlar el toro a cuerpo limpio y con alegría.—Abajo: Un maleta se ha echado a la Plaza. Su figura, su aire, se presta a comparaciones. El toro era de José Fuentes





PASEILLO

La ciudad es la misma de siempre. Iglesias y palacios. Pero hay un no sé qué flotando entre la gente. Serán esos palos de la Plaza. Será que al sentir los toros brota dentro de nosotros un demonio de rebeldía y nos "arrancamos también por derecho", dejando en casa esa máscara que usamos para andar por la vida. No sé si serán los toros o este bullicio que nos envuelve. Pero somos distintos que otros días....

Luego el pueblo recobra su pulso y se arrastra perezosamente por la Cuaresma, tirando de los recuerdos. Del carnaval que se fue. Comentarios, chismorreos. Lo que vimos y lo que adivinamos. Al que cogió el toro y al que pudo cogerlo.

Vísperas de carnaval. Charangas y bulla. Preparativos gozosos. Lo más bonito es soñar esperanzas. Luego viene la sorpresa. La mocita forastera que viene de no sé dónde, que te "encandila" y te vas con ella cuando ya tenías las entradas del baile esperando a otra. O la novia que estabas "cuidando" y te da el plante sin saber por qué.

¡Cosas del carnaval! Un vaso de vino que te tumba donde menos lo esperas; una voltereta en los encierros, sin darte tiempo a escapar, y una moza que te hace ir por donde no pensabas.

Y arriba, la torre de la catedral, el castillo y la muralla, con la copla olvidada, me recuerdan a esas viejas de los pueblos que se hacen las dormidas mientras los novios se besan en el portal.

EL TORO DE LA ALEGRÍA

El toro tiene un significado distinto a lo largo de la geografía. De víctima o protagonista. De tragedia o de arte. La tiene, a pesar de que las modernas tauromaquias lo hayan convertido en un instrumento para lucirse el torero.

En Ciudad Rodrigo es una disculpa para divertirse. Es el Toro de la Alegría, que «hace hilo» con un pueblo entero, y lo lleva y lo trae en una orgía de sustos y carreras que dura cuatro días.

Más de 30 morlacos suben y bajan por la calle de Madrid a empujones con los mozos y con las mujeres. Quizá sea Ciudad Rodrigo el único sitio donde las mujeres desafían al toro al compás de la dulzaina y el tambor de Triquito. Antes no cogían a nadie. La gente conoce ya de antiguo hasta dónde llegan las arrancadas y dónde están los balcones, y dónde las talanqueras. Cada mozo tiene su sitio. Durante ocho días es costumbre guardar el trozo de estribo a donde poder subirse cuando vie-

nen mal dadas, y el sábado de carnaval, a las doce de la noche, quedan marcadas las barreras de cada pandilla, que se respetan durante todas las capeas.

Desde hace unos años las salas del hospital se llenan de muchachos maltrechos. Son los maletillas, que vienen a cientos. Vienen con la ilusión de torear y la ignorancia de los que empujezan. Muchos no saben defenderse. Otras veces se tropiezan unos con otros. El toro no tiene más que alargar el cuello para quedarlos enganchados. Triste destino de aquellas corridas populares: muertes y heridos. Ya no son juego de mozos, como antaño, cuando salíamos a cuerpo limpio quebrando las embestidas con una vara de fresno. Y unos nos ayudábamos a otros porque cada uno entendía al toro y al que estaba delante. Toros de la socampana, que entraban tres y cuatro años seguidos, a los que les daba lances «El Cholas» con una gabardina, y «Guita», con su repollo atado a una cuerda. Y los del Arrabal, con muñecos de paja (como todavía lo vimos este año), tan perfectos, que la gente volvía la cara al verlos cornear en el suelo, creyendo que eran personas. Nunca pasaba nada. El vino y Dios hacían todos los años un milagro en esta Plaza.

Ahora, cuando empieza la capea, me

salgo a beber un chato o subo a los balcones para que las mozas no piensen que estoy allí abajo para mirarles las pantorrillas. Porque da tristeza esa tragedia de los torerillos a merced de los pitones cinqueños, sin recursos, sin saber a lo que van, ciegos por una ovación, o por soñarse toreros recordando un pase de pecho en la cochera de Alípio.

Esto ya no es el Toro de la Alegría. A esto lo han tomado por una absurda escuela taurina, que acaba muchas veces en el cementerio. ¡Por amor de Dios, torerillos de mi alma, dejar estas fiestas para los mozos de Ciudad Rodrigo! Vuestro sitio no es esa plaza Mayor cuajada de tablados y de historia. Allí no aprenderéis más que a escaparos y desconfiaros. O a morir.

Estos toros y esta Plaza son para correr, para torear sin muleta; si acaso, con un pañuelo o un saco, que sirve para hacerse el propio quite cuando fallan las piernas. Pero no para dar naturales, como pretendéis vosotros.

Marcharos a los tentaderos o a las fiestas de los pueblos, pero no vengáis a dejaros matar con esa alegre inconsciencia.

Y que en estos carnavales de vino y de gracia siga levantando el rabo ese Toro de la Alegría...

FARINATO

Carnavales de Ciudad Rodrigo

**EL TORO
DE
LA ALEGRIA**

¡No pasa nada! Son ya muchos años los que lleva el pueblo corriendo delante de los toros. Ahí tenéis a «Cham», carrero del Matadero Municipal. Más de sesenta años ¡vaya gracia para recortar el novillo a tiempo!



Arriba. Los carnavales del toro son cosa de los mozos. Se gastan bromas pero no pasa de ahí. Cuando el toro se enfada manda a un par de ellos por el aire. Cuando los mozos se enfadan lo agarran por los cuernos para que no se suba a la parra



Y cuando llega la cogida, en la Plaza o en los encierros, no le dan tiempo a cebarse. Ahí tenéis dos estampas de una antigua suerte: El Coleo. Son ya muchos años jugando al toro ¡No pasa nada, señores!

(Reportaje gráfico PRIETO.)



En estas tres fotos queda explicada una lección de lidia elemental pero inteligente. Los farinatos están unidos. Cuando el morlaco se arranca a por uno ya hay otros haciendo el quite con el cuerpo. Lo marean. La embestida no encuentra carne

los
tién-
r'es
esa
l de
sin
ova-
ndo
Ali-
gria
sur-
chas
r de
estas
Ro-
laza
isto-
a ce-
ir.
para
aca-
sir-
ando
dar
os.
a las
agás
con-
vino
trabo
NO



¿Qué diferencia hay entre esto y lanzarse desde un avión sin paracaídas? La embestida de los cabestros es falsa porque conocen el bulto y saben buscarlo. El pitón izquierdo va derecho al vientre del inconsciente. Y por si falla, detrás quedan cuatro pitones para recogerlo

Esto es frecuente entre los maletillas que andan a merced del toro. Menos mal que el puñal derecho encontró solo la muleta

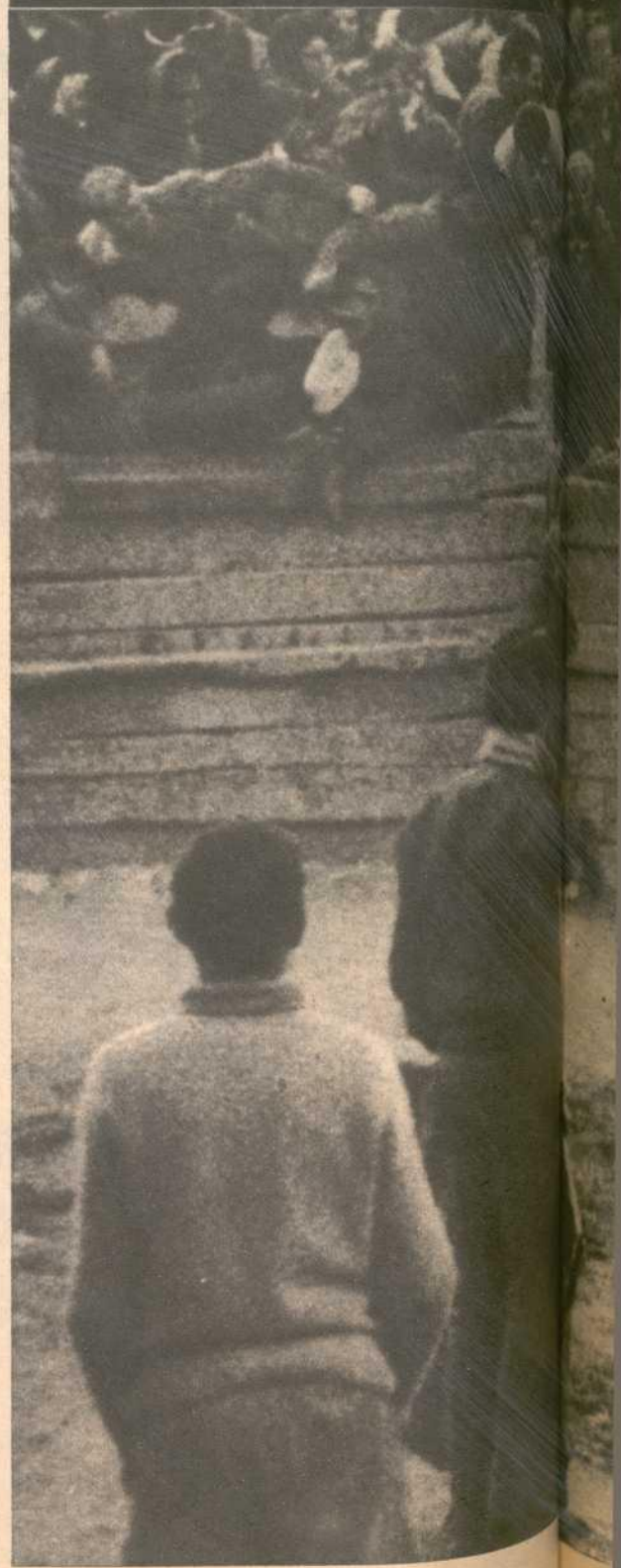
¡Así no se puede torear! Robándose los pases unos a otros. Llamando al toro entre un mar de muletas desplegadas y perdiéndole la cara en un pase de rodillas. Para torear hay que tener cabeza. Así y todo mueren muchos toreros inteligentes



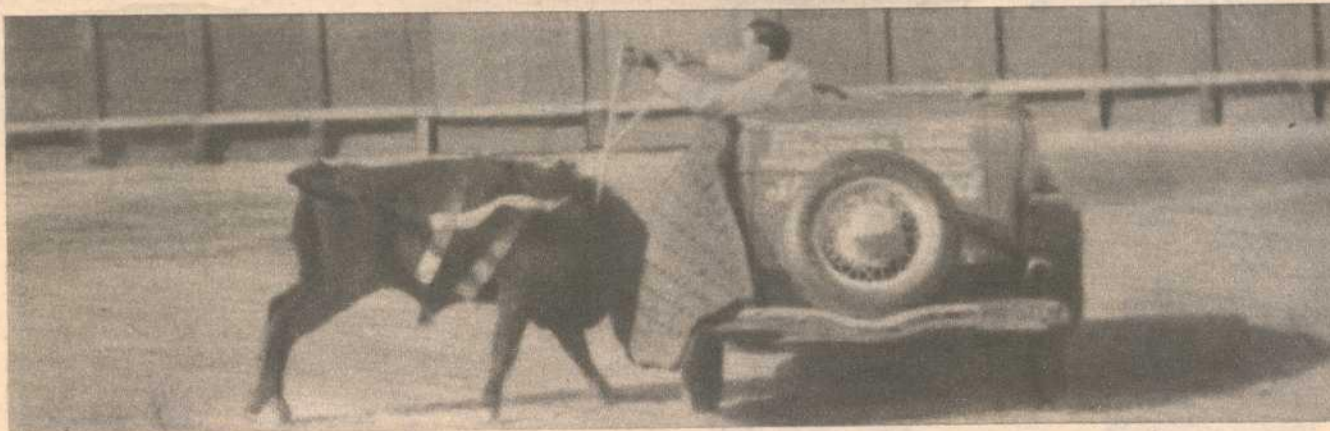
EL TORO DE LA MUERTE

Para llegar a esto no hace falta pasar miserias por esos mundos. Las miserias se pasan para ser torero. Arrodillarse fuera del viaje de los cabestros es un alarde grotesco, que puede costar sangre si el bicho alarga el pesnezo

Luego ocurren estas cosas terribles: Muerte triste de un maletilla de Alcantarilla (Murcia). Yo lo vi con una tremenda cornada en el costado izquierdo, mientras le hacían las primeras curas. No hubo remedio. El lunes de Carnaval murió Julio Cánovas Torres. Y las alegres fiestas de Ciudad Rodrigo suspendieron su bullicio con un escalofrío de terror. El martes no salió ni un maletilla a la Plaza. Todos llevaban crespones negros. En los capotes del «guante», el pueblo entregó piadosamente cerca de 40.000 pesetas para la familia y el entierro. El miércoles de Ceniza a hombros de sus compañeros llegó el féretro al sitio exacto de la cogida. Ya trazó la muerte su primera cruz entre los toreros. ¿Que sea la última!







es esa Alta Escuela Vienesa que se ha metido en la Fiesta y que no tiene nada que ver con ella. Estoy seguro de que los caballos de los nobles que rejoneaban en el siglo XVII no hacían titeres.

Al caballo de rejoneo le basta tener patas y ser, ante el toro, como un torero, que no le dé demasiado miedo y le guste torear, como aquella jaca castaña de Nuncio. Ponía las orejas *p'abante*, avivaba los ojos, pateaba, queriendo ir al toro. (¡Quieta, loca, espérate!)

Me produce dolor el haber martirizado a las bestias haciéndolas estudiar asignaturas de mero adorno y que —siento a lo campero— no vienen a cuento.

Yo alcancé en Portugal (1918) a Manuel y José Casimiro. Los portugueses hacen una cosa —*as cortesias*—, que consiste en un saludo previo alrededor de la Plaza y al paso de costado del caballo.

Esto (que es un poco tonto) lo hacen todos los rejoneadores españoles.

Recuerdo una corrida de la Prensa (Madrid, 14-10-39) en que Cañero y don Juan Belmonte rejonearon juntos, sin cortesías tontas ni corbetas. Toreaban a caballo como en el campo, quitándose el novillo el uno al otro en momentos de apuro, sin un solo torero de a pie. Fue una lidia perfecta, sobria, campera, sin piruetas circenses, sin poner los caballos de manos ni de rodillas. ¿Para qué?

Recuerdo una novillada del veintitantos en Zamora. Basilio Barajas rejoneó un toro, con los pitones sin serrar, con un caballo de cien duros que se rifó después de la corrida. Se lo recordaba yo a Basilio, y el hombre, muy discreto, se limitó a sonreír, sin comentarios.

Patio de la Plaza de Valladolid (1940). Estamos junto a dos caballos de Juan Belmonte.

—Trae usted dos caballos de tan poca prestancia, tan sencillos y vulgares, que parecen los de los vaqueros.

—Y no hace falta más.

—Conforme en absoluto. ¿Estos no harán titeres?

—No, no.

Orinaban los caballos, y don Juan, traduciendo este signo, les acariciaba la cara.

—¿Hay miedo? —les decía.

¡Pobre don Juan Belmonte!

Dos fotos más de rejoneo a pie, en bicicleta, en automóvil, de un valor puramente curioso, que no quieren decir nada, que no atacan el arte puro

LA ALTA ESCUELA

UN día, en San Isidro, en una de esas tertulias del desolladero, dije una frase poco meditada, que escandalizó a buenos aficionados:

—Tengo ganas de ver a todos los caballos de los rejoneadores con unas aguaderas y cuatro cántaros de leche.

—¿Y a usted no le gustan los caballos?

—Me encantan. Y soy jinete desde los ocho años. Lo que me empalaga

de los Domecq, de los Peralta, de Bohórquez, con los que cien veces me he partido las manos cuando se reúnen con el toro.

—Pero eso que usted llama los titeres gusta mucho, es entrada, y ni los rejoneadores ni las empresas le harían a usted el menor caso.

—¡Ya lo sé!

PEDRO GUTIERREZ SOMOZA

(Fotos del autor.)

Cuentos del viejo mayoral

«Un conocedor poco conocido»

una planta inconfundible de vaquero de reses bravas, aunque no consintió en vestir la chaquetilla corta ni en los días en que repicaban gordo, por entender que a él no le correspondía su uso, por no ser andaluz. Mas como no hay dicha completa en este mundo, tenía un *defecto*, que hubiera sido grave en otra persona de su clase y condición, pero que él le sobrellevaba superiormente, porque suplía la *falta* con tres *sobras* de talento natural, memoria y dotes de *observación*.

—¿No irás a decirme que le estorbaba lo negro?

—Precisamente. Sin embargo, Contreras no dudó en nombrarle conocedor de «lo bravo», porque ya en «lo manso» había *demostrao* los muchos puntos que calzaba para el arte. Y en *efecto*, no tuvo ni una equivocación en toda su vida, lo cual es muy importante, ya que un fallo en la materia siempre perjudica, sobre todo si, como suele acontecer, cae la mancha en el mejor paño, y aún puede la falta llegar a ser un trapiés en la marcha de la ganadería, capaz incluso de dar al traste con la *misma*.

Cuentan que, en el herradero, el conocedor se ponía al lado de Contreras, y cuando salía una cría al corral, el ganadero le preguntaba: «¿De quién es hija, Cano?» El conocedor miraba fijamente a la cara de la res, como si fuera una persona, e inmediatamente decía el nombre de la madre y el del padre. Esto último, al parecer, era más fácil, porque la finca tenía varias cercas y los lotes estaban separados, teniendo cada uno solamente un toro, como debe ser. Mas dado el caso de que el buen hombre no podía repasar lista ninguna, tenía que acordarse de memoria del lote en el que entró cada vaca. Después de terminar la operación, se echaba otra vez toda la cría sobre las madres, como era costumbre. Esto, entre nosotros, como sabes, está mal visto; pero «dondequiera que fueres, haz lo que vieres...» Además, en aquel caso estaba más que *justificá* la medida, ya que al no saber de letra, el conocedor no podía sacar la lista que nos prepara en la casa «Cristiano» para demostrar que no ha sufrido *equivoco*, y por lo tanto, no había otra solución que juntar al choto con su madre, para comprobar el número.

Cuando don Juan iba a Sevilla a pasar unos días, se acercaba a Jerez, para saludar a su íntimo amigo el marqués de Villamarta. Al hablar ambos de las *respetivas* vacadas, muchas veces salió a relucir la *habilidad* del «tío Cano» y el ganadero de Jerez, por broma o por veras, prometió asistir a un herradero, para ver con sus propios ojos lo que sabía de oídas. Y como si hubiera escogido el día de propio intento se presentó en «La Giraldá» un año en que la cría de machos y hembras era casi de trescientas cabezas. Convencido de que no se le había

esagerao nada, pidió permiso a Contreras para tratar de llevarse a su casa al conocedor. Le ofreció el oro y el moro, como suele decirse, pero pinchó en hueso, como también entre nosotros acostumbramos a decir. Las palabras de Francisco fueron éstas, poco más o menos: «No se canse *usté*, señor marqués, porque, aunque me diese el valor de su ganadería entera, yo no me movería de aquí. Nací y me desteté como un becerro en esta casa; no he comido más pan que el de ella y aquí *pienso* morir de viejo, porque habrá de saber que don Juan Contreras no hay más que uno en el mundo... Así que como dice el refrán: «*usté* va su casa y yo *va* mi *majada*...» ¡Estamos?»

—Con criados así ya se puede llevar una ganadería.

—Desde luego. Contreras, orgulloso de tener un vaquero tan fiel, quiso demostrarle a Villamarta más a fondo quién era este hombre y le dijo que aquella tarde iba a ver cosas mejores y *efestivamente* fueron los tres al cerrado en donde estaban los erales y dándole don Juan su libreta de bolsillo le indicó que preguntase al «tío Cano» cómo se llamaba cualquier becerro de los que allí figuraban con nombre, número y reseña, como es natural. Hicieron varois *experimentos* y no falló aquél ni un golpe. Otro tanto sucedió con los utrerros y los cuatrefíos. Tan maravillado quedó el marqués, que al tiempo de marchar llamó al conocedor para despedirse de él y le dio un billete de 500 pesetas, que era mucho para aquellos tiempos, diciéndole lo siguiente, que valía más que otro tanto: «Amigo Francisco: con un hombre como usted, tendría yo el doble de vacas de las que hoy tengo y eso que pasan de mil. Orgulloso puede estar mi gran amigo don Juan de tenerle a su servicio. Reciba usted mi sincera felicitación y ahora voy a tener la satisfacción de estrechar la mano, como despedida, de un vaquero tan noble y tan leal.»

—Supongo que el «tío Cano» le constaría a modo.

—Desde luego. Le dijo muy fino: «Esto *va* que sepa el señor marqués que los andaluces no son ellos solos y que donde *haiga* yeguas, potros nacen. Sepa también su señoría que a todos los *artistas* de ayer tarde no los había visto yo desde que les quitamos la teta. Con que ya va bien *enterao* *pa* Jerez de todo el contenido...» Qué ¿te ha gustado?

—Mucho. A mí, de todas tus historias, lo que más me complace es la pintura del ambiente y el diseño de los tipos y este «tío Cano» es una magnífica muestra. Además, ya es hora de que estos personajes modestos, pero importantes, suban a la superficie.

Luis FERNANDEZ SALCEDO



No puedo recordar de qué estábamos hablando aquel día, mientras llegaba la hora de echar el pienso a la corrida que iba a Murcia. Sólo sé que cuando dijo: «En el idioma andaluz...», yo te miré de tal modo, que se quedó un poco cortado y a continuación me dijo:

—¿A qué viene esa risita? ¿Es que tengo yo monos en la cara? ¿O será acaso que tú no crees en la existencia del susodicho idioma?

—Por ahí van los tiros.

—Pues perdona que te diga que no estás en lo cierto. Existe un idioma andaluz, como existen los idiomas vasco, catalán, valenciano y gallego, entre otros. Eso sí: con las naturales diferencias. Por ejemplo, nosotros no entendemos ni jota del vascuence, comprendemos a medias a los que hablan el valenciano y casi del todo a los que se explican en andaluz... No hay que escandalizarse, por cierto, de que los hombres tengan dos lenguas en que *expresarse*. Una de ellas para andar por casa y otra para la calle, de la misma manera que tienen dos trajes, uno de diario y otro para los días de fiesta.

—En eso estoy de acuerdo; pero... ¿quieres decirme en qué consiste el idioma andaluz?

—Es, como ya te he dicho, casi igual que el castellano; pero, de cuando en cuando, tiene giros de sabor morisco, o palabras nuestras *empleas* con otro sentido. En andaluz se llaman *alcancuiles* a las alcachofas; *papas*, a las patatas; *búcaro*, a la jarra de barro; *veta*, al toldo; *nieve*, al hielo; *panalitos*, a los azucarillos; *neverías*, a los cines al aire libre; *chicharos*, a las alubias; *ecetra*. Todo ello con el ánimo de *despistar* o de embromar al oyente.

—Y no pierdas de vista lo que ocurre en el terreno taurino, ya que al toro que aquí llamamos salinero ellos le denominan *sardo*; a nuestro negro lombardo le dicen *mulato*; al cárdeno oscuro, *entrevelao*...

—Y sobre todo al mayoral, conocedor. Esto es lo que más me choca a mí, porque mayoral y conocedor son dos oficios diferentes. Podrá ocurrir que en algún caso se junten en la misma persona; pero eso no será lo frecuente. El mayoral es el que manda en todos los vaqueros; es quien viaja con las corridas y sustituye al ganadero, en mayor o menor escala. El conocedor —a quien en Salamanca llaman el ahijador— está al cargo de las vacas paridas y *conoce* de quién es hija cada cría. Pero nada más.

—Desde luego, son dos piezas importantes en la marcha de una ganadería.

—¿Figúrate! Aunque cada cual en su sitio.

—Yo creo que es más importante la misión del conocedor.

—¿Claro! ¿A ver qué vas a decir!

—Tú, desde luego, habrás conocido a muchos buenos conocedores.

—¿*Pa* chasco! Uno de los mejores es el que servía en la casa de don Juan Contreras, que se llamaba Francisco Moriche, y por mal nombre, «el tío Cano». Este buen hombre era el que cuidaba y ahijaba las vacas mansas berrendas que tenía el susodicho ganadero en la finca llamada «El Encinar», y cuando llegaron a Burguillos las vacas murubeñas se le puso también al frente de ellas, por aquello de que «donde haya comunidad, no luzcas tu habilidad». Era un tipo parecido a Pedro, el de casa. De *aventaja*da estatura, enjuto de carnes, duro como el pedernal y fuerte como un roble, con

MORATA DE TAJUNA ES un pueblo «muy toreo». Los pueblos eminentemente taurinos gustan del oro con pitones. Ellos están conscientes de que, mientras no se demuestre lo contrario, los toros dan ornadas con las astas. Hay veces que los «toreros» refieren abrazar el famoso pilón a ponerse delante de los cornúpetas. El animal sin enemigos da vueltas alrededor de la Plaza precedido de otro «colega» con las mismas intenciones. Las mozas contemplan desde los balcones el temple de los chicarrones de Morata, que después lo lucirían de sobra en cuanto pasaran los primeros momentos de impresión...

(Foto Casado.)

YA TIENE EL CAPOTE DE paseo sobre el hombro. Un trofeo más, un trofeo que no se quedará en una vitrina. Ese capote conocerá la temperatura cálida de los portones de cuadrillas en la temporada 1964. Bellos codos se apoyarán sobre su esclavina en cualquier barrera española. Málaga se lo entrega a Jaime como premio a su actuación en la feria del pasado 1963, año del que Ostos no se acordará más, porque Ostos es un valiente. El alcalde de la ciudad y el señor Sanz Cajigas entregan al ecijano los trofeos que ganó en noble lid.

(Foto Arenas.)



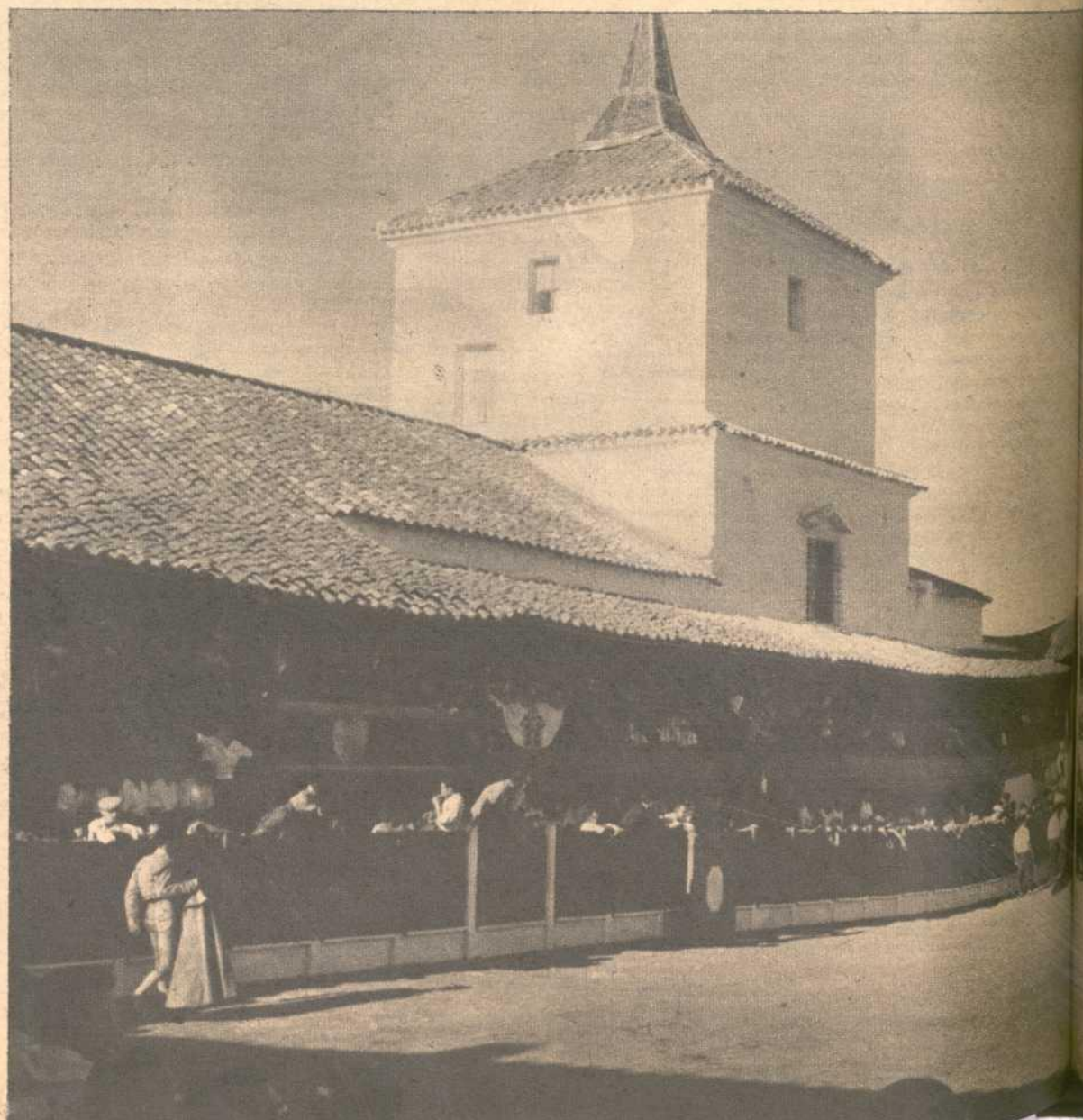
QUEREMOS ENTRAR AL patio de caballos para saludar al torero amigo, pero no nos dejan. Dicen que antes los aficionados que pagaban su localidad andaban por donde querían. También dicen que en la Plaza vieja los aficionados circulaban por el albero de un lado para otro sin impedimentos. Hoy no se pueden dar la satisfacción de pasar al patio de caballos para saludar a los toreros, para desearles suerte y decir eso de: «¡Hoy va a ser, macho!» Estas pequeñas e íntimas alegrías se van perdiendo. Las puertas de la Plaza se abrirán dos horas antes. Ahora sólo es una hora antes. La corrida se reduce a la corrida a palo seco, sin saborear el ambiente preliminar

(Foto Trullo.)



JOAQUIN JIMENEZ DOYAL ES un artista genial. Sus esculturas tienen una gracia y un sabor taurino excepcional. Un ejemplo evidente es la obra que tenemos ante nuestros ojos. Es nacida en el pueblo sevillano de Dos Hermanas. El instante permite apreciar el momento de citar el rejoneador para colocar al toro en suerte para un par a dos manos. Las patas del equino en posición torera y la arrancada del astado en alarde de ferocidad. El arte de torear a caballo se complementa con el arte del buril y del cincel. Arte mayor de un arte también mayor.

(Foto Navas.)



EL PESAJE DE LOS jacos para una corrida tiene mucho de rito. Hay veces que huyen de la báscula, que les molesta subir allí por si pasa algo... Los pobres animales no quisieran dar el peso, pero siempre lo dan. No les suele pasar nada, pero el instinto siempre les hace temer, aunque sólo sean las bolas de papel que les colocan en los oídos para que no sientan el bufido de las fieras. Los caballos pasan miedo a partir del pesaje. Ya saben que día de báscula, día de lucha y eso es tan duro...

(Foto Trullo.)

NO, NO ES LUIS SEGURA. Pepe Segura, hermano de Luis, ha asimilado el pase de pecho y lo ejecuta como Luis. Dinastías toreras que llevan el sello inconfundible del fundador. Si la espada se queda en su sitio, perpendicular con el suelo, el pase de pecho, desahogo y verdad del toreo, del buen toreo, se habrá consumado con perfección, porque el cuerpo acompañó el viaje del toro, las piernas se afianzaron en el suelo y el torero no se fue hacia atrás, sino que marcó la salida con extraordinaria pureza, echándose todo el toro por delante en un pase de cabeza a rabo.

(Foto Montes.)



PLAZAS CUADRADAS

BONITA DE VERDAD es la Plaza cuadrada de Las Virtudes, en la Mancha. No entramos en lo de siempre: en la edad de estos cosos. Esta es alegre, coquetona, luminosa. Tiene gracia y sabor de cortijo sevillano. Blanca, limpia, pulcra. Dicen que probablemente vio la primera luz antes de 1700. Es igual. No vale la pena entrar en polémicas. Lo que nos encanta es que la Fiesta de los toros tenga escenarios tan bellos, tan toreros como la placita de Las Virtudes. Sabemos que, desde el punto de vista técnico, estos cosos son negativos. Las esquinas son lugares propicios a las querencias y a los resabios; pero si es por Historia — cuando la Historia se conserva lozana —, vale la pena admirarla.

(Fotos Torres Lafón.)



La reina de las fiestas gaditanas se ciñe los zahones con garbo

CADIZ, "TACITA DE PLATA"

Reportaje gráfico JUMAN

PARA hablar de Cádiz, de su ambiente, de sus murgas, de sus mujeres y de todo cuanto rodea a la impar «tacita de plata», se hace imprescindible la pluma de José María Pemán. Los demás podemos hablar de tierras gaditanas con una visión popular, como la del «Senaca», por ejemplo. La exquisitez del académico español, su singular andalucismo — al margen de la pandereta y de los tópicos de minifundios y latifundios — penetran en la esen-



cia del señorío andaluz. El tiempo no pasa para la bella estampa campera, adornada con la belleza de una reina de las fiestas. Cada año una bella sube al trono. Todo es alegría y algazara. La sociedad —la alta sociedad— y el pueblo se confunden, como en Sevilla cuando unas señoritas del Casino de Labradores al salir a la calle se encuentran con otras sevillanas de condición modesta y todas se enlazan en el baile más español que, como la suerte de matar en el toreo, consta de tiempos.

Y tras el ambiente de jolgorio de las calles, no podía faltar el tentadero. Fiesta campera que ofrece Alvaro Domecq en su finca. Tienta rigurosamente seria con orden y exactitud en la toma de notas. Fiesta con toreo al alimón

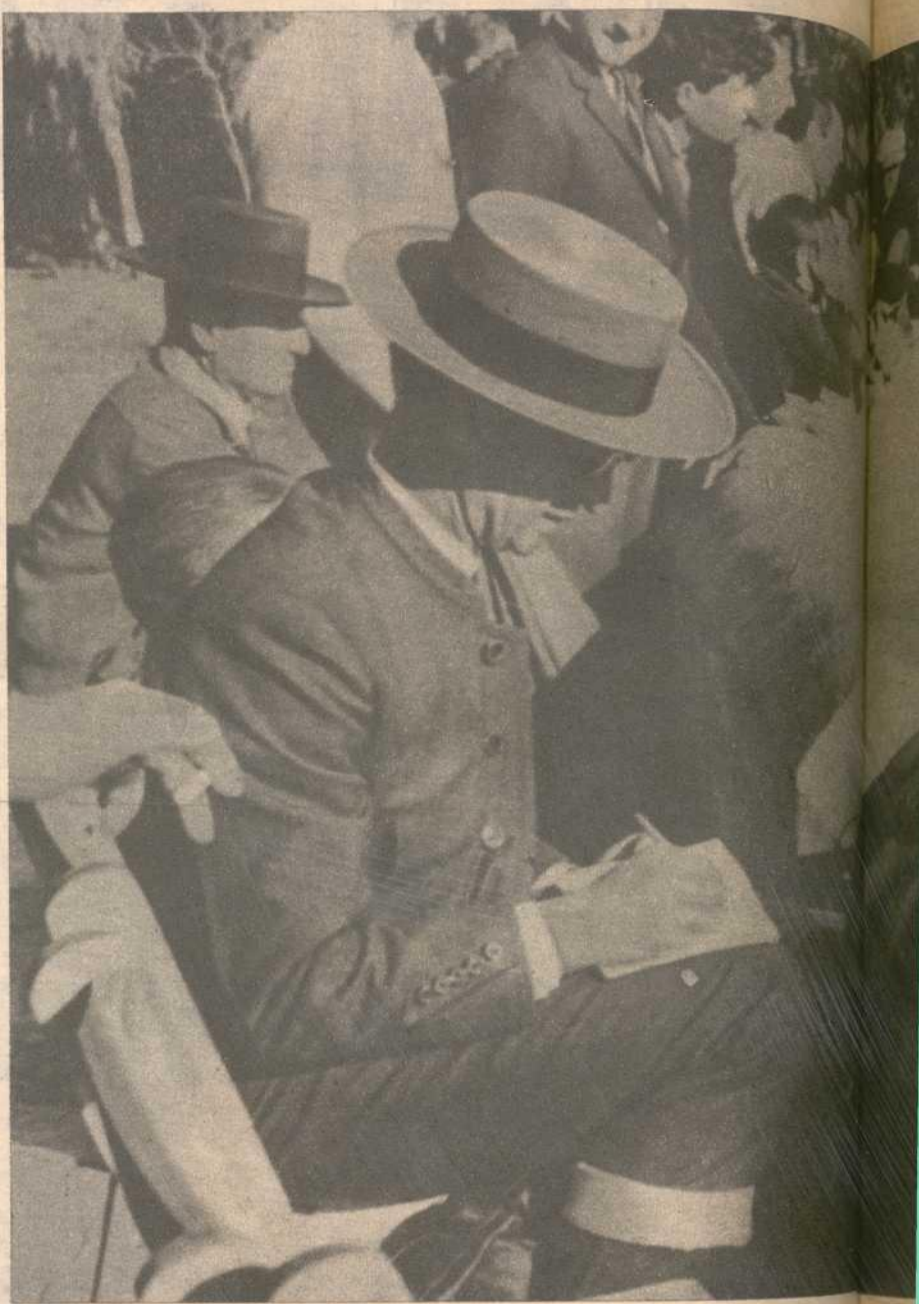


¡Silencio! Vamos a tentar. Pero con demasiado peto, ¿o no?

Alvaro Domecq a lo suyo: las notas de la bravura de las reses



Nuestro espectáculo —la simpática alusión— no podía faltar en la cabalgata

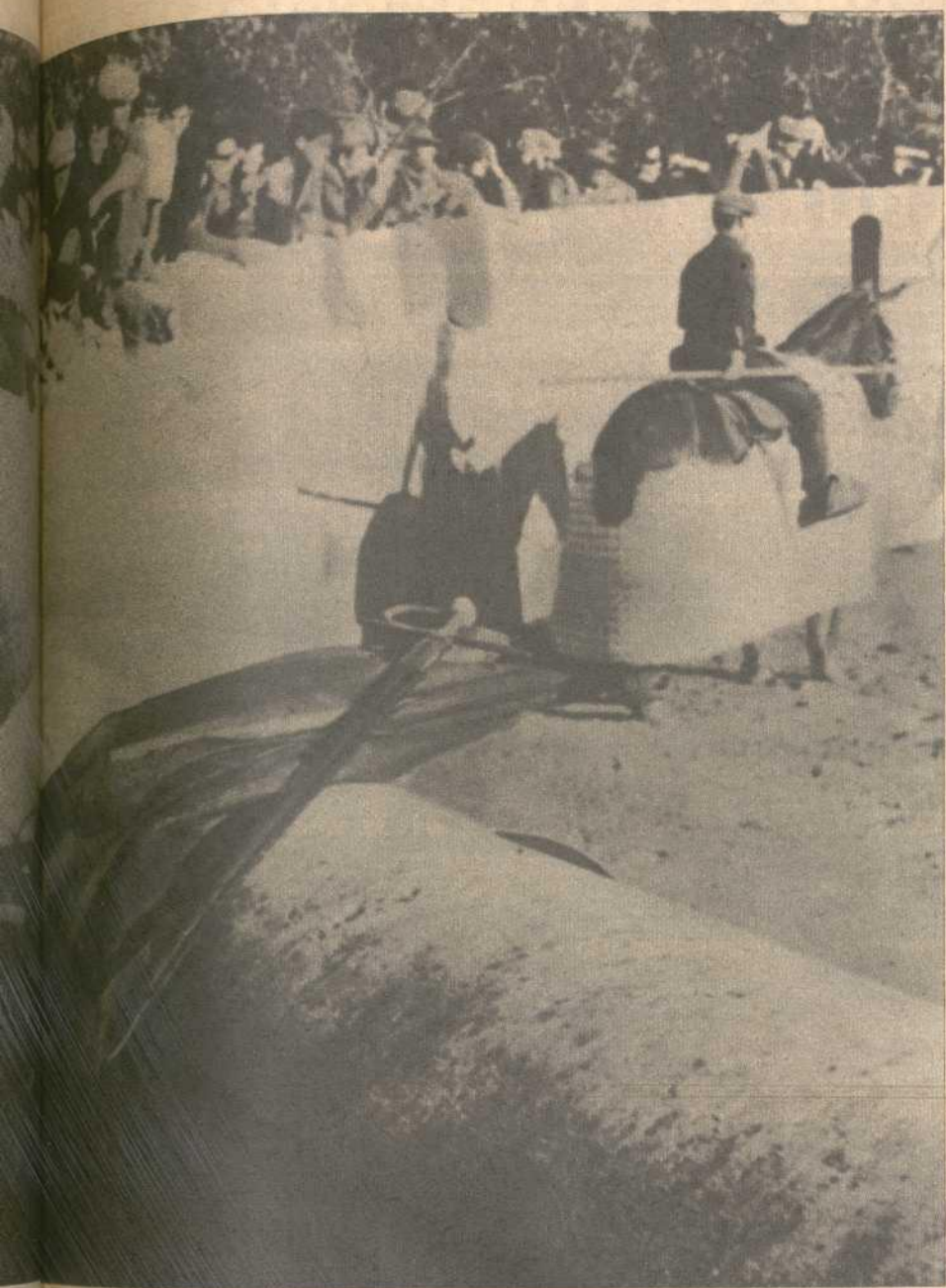


y todo lo que exigen las relaciones públicas —como dice Antonio Pérez— después.

La reina de la fiesta también toreó. Y lo hizo con gracia. Vistió los zahones y los botos con soltura. El anfitrión, Alvaro Domecq, también se echó al redondel de la placita a dar unos capotazos. Todo con un ambiente especial, español, muy español, sin los «pog favog me dejan dar uno capotazo», que se oye con harta frecuencia en la mayoría de las fiestas de parecida condición.

Más tarde vendría el vino de Jerez y el cante, buen cante, impregnando el ambiente de Andalucía. No es fácil paladear todo esto. Hay muchos que lo contemplan pero no lo ven. Les rodea y no lo perciben. Andalucía hay que sentirla en lo más hondo del ser. Los espectadores no valen. El ambiente lo crean quien se embriaga de esa bebida que no llega a los labios, porque va directa al corazón, que se llama Andalucía.





Las murgas de Cádiz. No. No son personajes de «La viudita naviera», sino murguistas de verdad

Gigantes y cabezudos. Y la fiesta de toros presente en todos los actos, aunque sólo sea de una forma simbólica
(Fotos Juman.)



Toreo al alimón. Alvaro Domecq lancea en unión de la hija del ministro de Hacienda, reina de las fiestas
El anfitrión, impecablemente vestido de corto, recibe a los invitados. Entre ellas, la señora de Navarro-Rubio, esposa del ministro de Hacienda

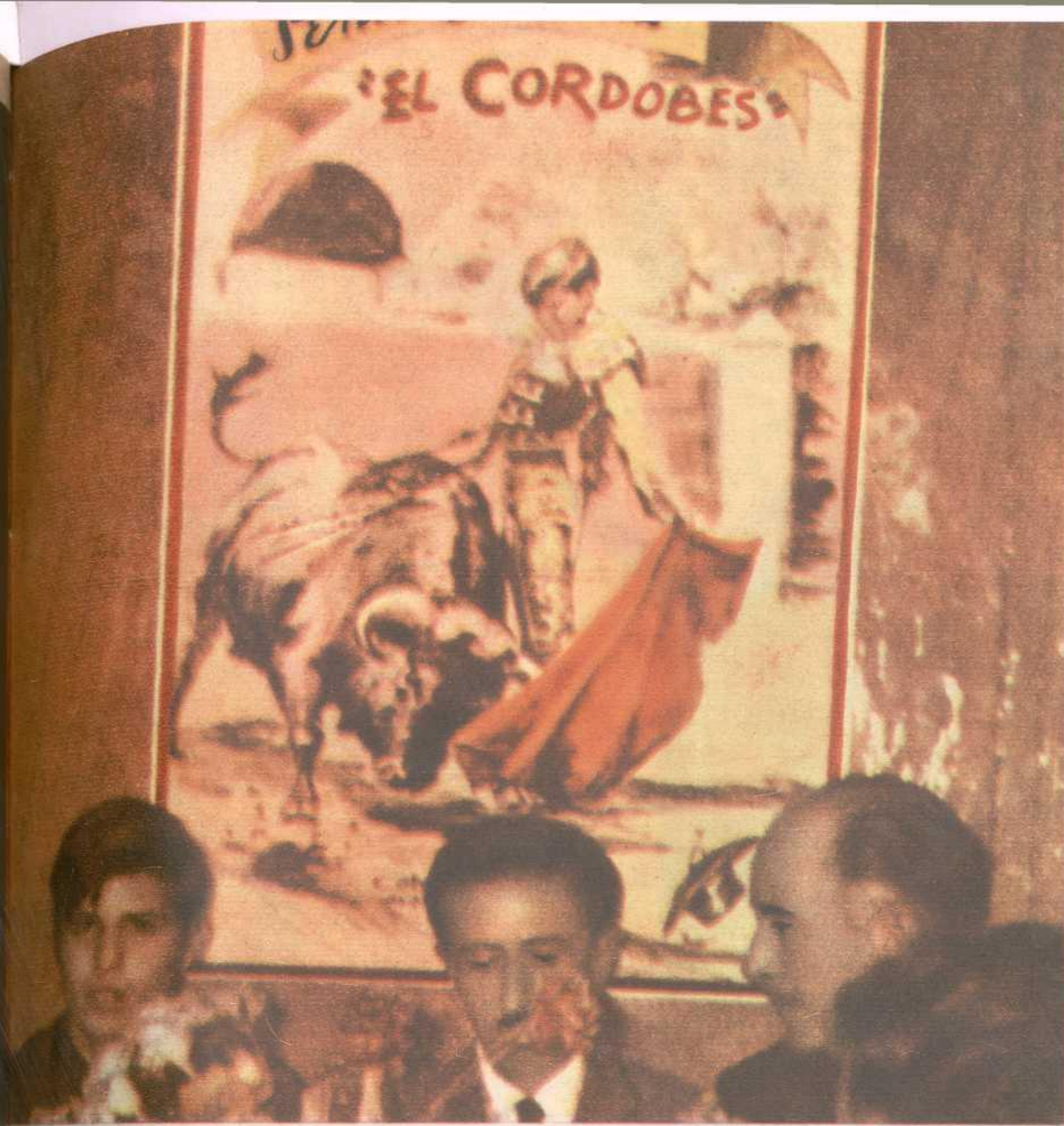
DELIRANTE ENTUSIASMO EN LA CONSTITUCION DE LA PEÑA "EL CORDOBES" EN MEJICO

Se acaba de constituir en Méjico la Peña «El Cordobés». El matador de toros de Palma del Río ha conseguido lo que hasta ahora no había hecho nadie en el país azteca: crear un ambiente excepcional. Toros a diario en las Plazas de los diferentes Estados. Entusiasmo sin límites, que culmina en la creación de una peña taurina —primera que un torero español tiene en el país hermano—, donde se demostró el cariño que el pueblo mejicano profesa al revolucionario torero.

Las máximas figuras artísticas estuvieron presentes. Mario Moreno «Cantinflas», primer admirador de Manolo Benítez en tierras aztecas y hombre que conoce como nadie el arte del toreo; el ex matador de toros Alfredo Corrochano, los compañeros Pedro Martínez «Pedrés» y Vicente Fernández «el Caracol»; el empresario de la Plaza del Toreo, Carlos Philips, y el crítico taurino, corresponsal de EL RUEDO, don Juan de Dios, entre otras muchas personalidades.

Y es que —le pese a quien le pese— Manuel Benítez no tiene rival. Hoy por hoy «El Cordobés» es único.





JOSE ANTONIO MARTINEZ FLAMARIQUE es un «manager» sensacional. Precisamente porque no se le ve; porque es el organizador del fabuloso tinglado que gira en torno al torero de Palma del Río. Trabajo agotador, eficaz; pero sin recoger el fruto de la popularidad y la admiración que envuelve por completo a la personalidad de Manuel Benítez. Torero y apoderado se complementan y se complementan. Amigos inseparables en los duros caminos del riesgo y la administración. Es de justicia rendir tributo de admiración, sacándolo de la penumbra, el hombre que se ha hecho merecedor a ello con sencillez y humildad.

J. Comas Florita

